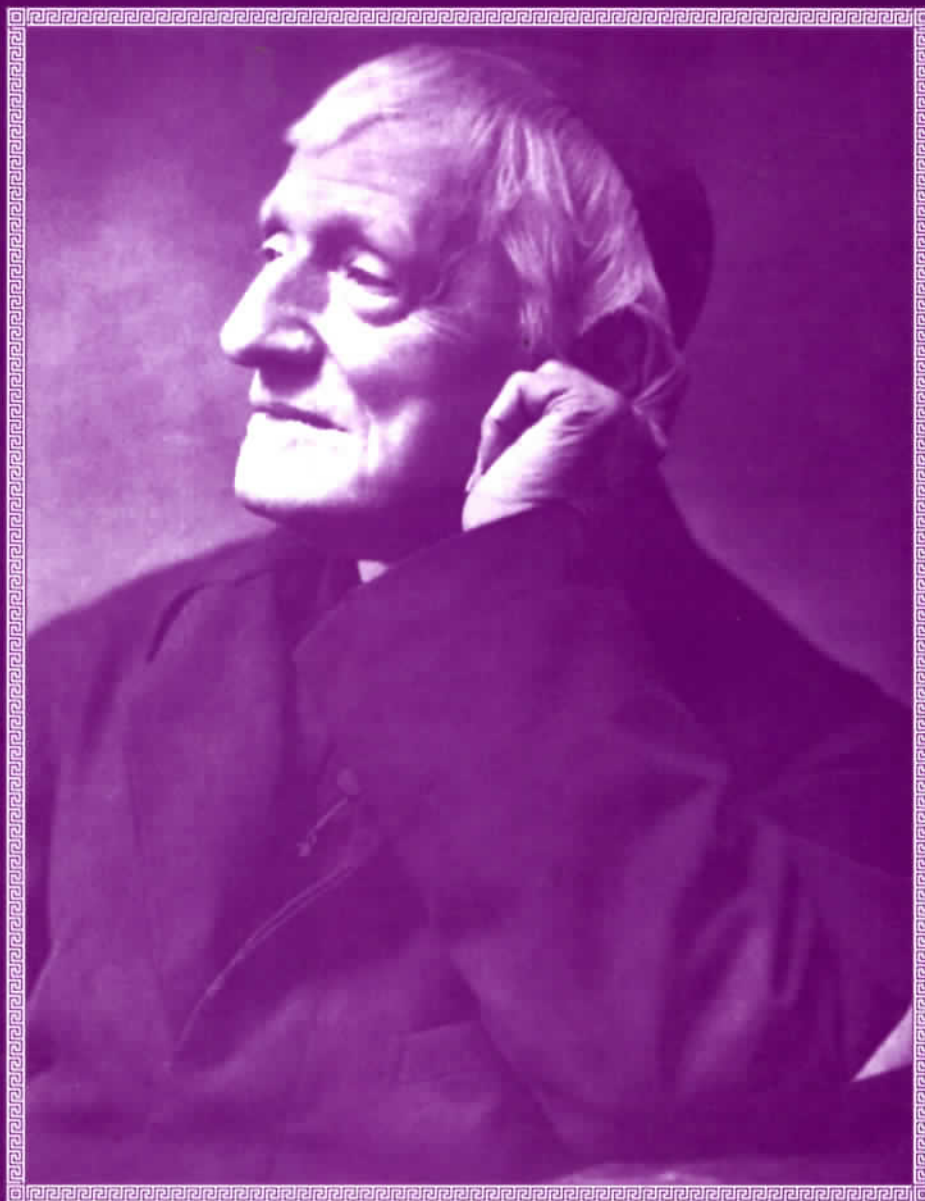


NEWMANIANA

AÑO XIII - NÚMERO 39

NOVIEMBRE 2003



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XIII - Nº 39
Noviembre 2003

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión

Editorial y Talleres Gráficos
Universidad Católica de La Plata

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Nº 237.216
Propiedad de Fernando María Cavaller
Dirección:
Calle 24 Nº 1630 (1900)
La Plata
Pcia. Buenos Aires
República Argentina

EDITORIAL

Bodas de Plata Pontificales de Juan Pablo II
(1978-2003)

2

ARTÍCULO

Newman y el Papa

Según algunas cartas y notas diarias

5

- Mons. Fernando M. Cavaller -

ORACIÓN

Irradiar a Cristo

22

- Traducción de Mons. Fernando M. Cavaller -

MEDITACIONES

El pecado

23

- Traducción de Mons. Fernando M. Cavaller -

SERMÓN

La ley de Cristo es estricta

29

PATRÍSTICA

Los desafíos de Teodoreto (1ª parte)

38

- Traducción de Inés de Cassagne y Jorge Ferro -

**ORACIÓN**

Por la beatificación del Cardenal Newman

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea
elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de
evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras
concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de
John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre
y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día
entre los Santos de la Iglesia. Amén.*

Bodas de Plata Pontificales de JUAN PABLO II (1978-2003)

Los aniversarios nos hacen reaccionar: bodas de plata papales no son una celebración ni de lejos habitual en la historia de la Iglesia. Tan sólo ha habido tres en dos mil años. Pero la asombrosa longevidad pontificia de Juan Pablo II nos invita a mirar retrospectivamente en el afán de reunir como podamos sus huellas, sus palabras, su vida. Es fruto de amor no olvidar sino recordar. Pero el amor al Papa no brota sólo de la simpatía humana que pueda tenersele, sino de la fe, que ve en él al Vicario de Cristo, a Pedro. Este aniversario es algo más que el record histórico que registran los periodistas. Es una ocasión providencial, también, para mirar a través del Papa la historia contemporánea del mundo y la siempre renovada historia de la Iglesia en su misión de salvarlo.



El Papa visto por el mundo es el que nos presenta la crónica monótona, desinformada y superficial del periodismo: un líder mundial, candidateado a Premio Nobel, llegado a la ancianidad, interesante para diagnosticar sus enfermedades, pronosticar su muerte, conjeturar sucesores, predecir cónclaves y presentar a la Iglesia como una institución más de este mundo. El Papa visto por la misma Iglesia, por aquella que Jesucristo estableció sobre Pedro, tiene otra dimensión, humano-divina, que sólo percibe la fe.

En efecto, como respondió un sacerdote polaco a un periodista en la última visita del Papa a su tierra natal: "aquí aplauden todos al cantor pero no todos a la canción". La vida del Papa aparece atractiva, su personalidad, sus viajes y su posible influencia política en el plano internacional, son noticia. Y es verdad. Pero es una mirada miope. Su Magisterio, lo que ha querido enseñar, eso no se escucha tanto, a veces, nada, y se olvida pronto. Se acepta lo que dice cuando coincide con los temas que el mundo estima pero se lo

rechaza en otras cuestiones. Se lo alaba porque condena las guerras, pero se le critica porque condena el aborto. Por lo primero se le daría el Premio Nobel de la Paz, por lo segundo queda eliminado. El pensamiento único que determina lo políticamente correcto publica cuanto dice de lo social pero silencia su anuncio de Cristo.

Karol Wojtila es Pedro. Allí está su Magisterio: 14 Encíclicas, 13 Exhortaciones Apostólicas, 9 Constituciones Apostólicas, 36 Cartas Apostólicas, 18 Motus Propios, y miles de discursos y alocuciones. En una reciente exposición en la Pontificia Universidad Lateranense, el Cardenal Ratzinger esbozó una síntesis de las 14 Encíclicas, agrupándolas según el tríptico trinitario, las sociales, y las eclesiológicas. Hace notar que ya en el comienzo están presentes los grandes temas que desarrollará más tarde. Así, en la primera encíclica Redemptor Hominis, que parece la más personal, y el punto de partida, ya están unidas la madre Iglesia y la Madre de la Iglesia, y desde aquí no habrá encíclica que no concluya con una referencia a María, pues para el Papa en la mariología se encuentran todos los grandes temas de la fe. Ya se halla también el tema de la verdad y el vínculo entre verdad y libertad, que desarrollará la Veritatis Splendor, así como los principales rasgos, especialmente sacrificiales, de la última encíclica sobre la Eucaristía. Este arco eucarístico que va de principio a fin sugiere dónde ha estado el núcleo de su pensamiento: en Cristo. Verdad y Cristo, reaparecen en la Redemptoris Missio, del grupo eclesiológico, donde el Papa explica la relación entre diálogo y anuncio, mostrando que la misión de la Iglesia es el anuncio de Cristo, irrenunciable, pues todo hombre espera en su interior al verdadero Redentor. Y de aquí surgen las encíclicas antropológicas sobre la vida moral del hombre, donde el Papa, como portavoz de la fe, del Evangelium Vitae, defiende su dignidad desde la concepción. Personalmente creo que la insistencia en la Verdad, frente al pensamiento relativista propio del mundo postmoderno, es la característica que anuda todo. Queda desarrollado en todo su dramatismo en la Fides et Ratio, donde se señala que afirmar la cognoscibilidad de la verdad, o sea, anunciar el mensaje cristiano como verdad reconocida, se ve hoy como un ataque a la tolerancia y al pluralismo. La verdad se convierte incluso en una palabra prohibida.

Al recorrer estas expresiones nos encontramos con el ejercicio de aquel oficio primacial, que recibió el Apóstol Simón del mismo Jesucristo, y que quedó expresado para siempre en el cambio de nombre: "Tú eres Pedro". La piedra, la roca, figura ya conocida en el Antiguo Testamento para designar a Yahvé, que Jesús encarna, y que está aplicada ahora al Apóstol elegido, para que sea la piedra fundacional de la Iglesia, sin la cual no hay Iglesia de Cristo. Esa imagen es elocuente en su significado, y se refiere precisamente a la firmeza e inmutabilidad en la Verdad. Verdad que es el mismo Cristo. Pedro, la roca firme, aparece hoy más visible, en contraste con un mundo que se deshace, sin firmeza y cohesión, como tierra movediza, oleaje indomable, huracán que se lleva todo en los remolinos del relativismo y del sinsentido nihilista.

"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia... y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". "He rogado para que tu fe no desfallezca y puedas confir-

mar a tus hermanos". "Apacienta a mis ovejas". Las tres frases Cristo, recogidas por Mateo, Lucas y Juan sostienen hoy al Papa, sucesor de Pedro en la Cátedra Primada.

Newman tiene mucho que decirnos acerca de la figura del Papa y del Papado. Para él, cuando era aún anglicano, era el Anticristo, como expresaba la vieja prédica protestante. Ya tiempo antes de convertirse se disculpó de estas afirmaciones, y siendo católico amó profundamente a la Roca. Precisamente dedicaremos un primer artículo sobre su relación personal con los dos Papas que conoció.

Desde esta modesta publicación queremos adherir con gozo filial a las celebraciones del 25° Aniversario del Pontificado de Juan Pablo II, recordando aquel 16 de octubre de 1978 cuando preguntado por el Cardenal Camarlengo en la Capilla Sixtina dijo "Acepto". Gracias Santidad. PAX, VITA, ET SALUS PERPETUA.



MARÍA TERESA RICHARDS DE RIVA POSSE

La Asociación Amigos de Newman y la revista Newmaniana lamentan profundamente la muerte de quien fuera desde el inicio una colaboradora entusiasta y permanente. Esposa, y madre de cinco hijos, después de una larga enfermedad que vivió con fe y esperanza propias de un cristianismo ejemplar, la recordamos asociada al camino de la cruz de Cristo y la encomendamos a la intercesión del Venerable John Henry Newman, por quien tuvo tan profunda devoción, para que esté asociada eternamente a la vida del resucitado. Que el mismo Señor te recompense como sólo Él puede hacerlo, mientras tus amigos de la tierra se unen en la comunión de los santos. Gracias Tessi.

Newman y el Papa

Según algunas cartas y notas diarias

FERNANDO MARÍA CAVALLER

Recogemos algunas cartas y anotaciones del diario de Newman en relación a los dos Papas que conoció personalmente, Pío IX y León XIII. Nos dedicamos solamente a dos épocas cruciales de su vida católica, cada una en relación respectiva a estos Pontífices: los primeros días de su conversión en 1845 y su estadía en Roma en 1846-47, preparando su ordenación y entrada en la Congregación del Oratorio, y más adelante los días de su elevación al Cardenalato en 1879. Agregaremos algunas citas más de años posteriores hasta su muerte. El tercer momento decisivo fue con motivo de la declaración sobre la infalibilidad papal del Concilio Vaticano I, ocasión que puso a Newman en la necesidad de escribir al respecto. Pero aquí remitimos al lector a la "Carta al Duque de Norfolk", traducida ya al castellano. Para otra ocasión quedarán las cartas de este difícil período.

PÍO IX

Fue elegido Papa el 16 de junio de 1846.

Newman, convertido en 1845, está en Marivale, Old Oscott, desde el 22 de febrero de 1846, preparándose para ir a Roma para su estadía y estudios anteriores a la ordenación. Le seguimos en su correspondencia incluyendo sus días en la Ciudad Eterna.

1846

Julio 11, a Ambrose St. John:

El nuevo Papa me ha enviado su bendición apostólica. (LD XI, 203-204)

Julio 21, a Dalgairns:

El nuevo Papa me ha enviado su bendición, y he escuchado que la última cosa de la que estuvo hablando antes de entrar en el Cónclave fue acerca de Wiseman y de mí. (LD XI, 212)



Papa Pío IX.

Agosto 5, a Bowden:

Wiseman ha regresado. Pien-
sa que el mensaje del Papa
(enviándome su bendición) es
algo muy remarcable. (LD
XI, 218)

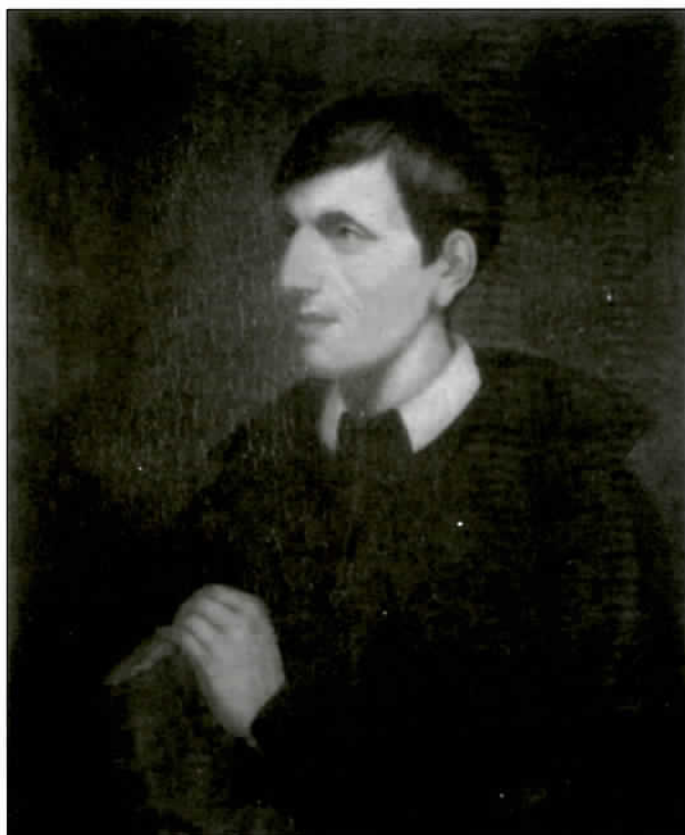
Septiembre 2, a Ambrose St. John:

El Caballero Dotti a quien el
Papa le dio el mensaje para
mí, está aquí —el mensaje fue
más fuerte (más definido) de
lo que había ya escuchado—.
(LD XI, 241)

*Viaje a Roma. Se aloja en el
Colegio de Propaganda Fide.*

*Martes 29 de octubre, en Roma
(diario, al día siguiente de llegar):*

Fui a San Pedro y escuché al
Papa decir Misa en el altar de
la Confesión. (LD XI, 266)



John Henry Newman (cuadro de María Giberne).

Noviembre 6, a R. Stanton:

El domingo fue la Possesso, y
el Papa dio la bendición desde la loggia del Laterano. Fue un espectáculo im-
ponente. El día fue bueno, lo cual fue afortunado ya que hoy llueve a cántaros. [Pío IX
recorrió en coche con gran pompa desde el Quirinal hasta San Juan de Letrán,
para tomar posesión, rodeado de prelados y cortesanos a caballo].

Noviembre 18, a D. Lewis:

La solemne Possesso del Papa fue hace una semana, cuando dio su bendición desde
la loggia de San Juan de Letrán. Fue un espectáculo hermosísimo. Le vimos el mis-
mísimo primer día que llegamos, caminando alrededor de San Pedro, y estuvimos
cerca suyo —y la primera Misa que escuchamos en Roma fue la suya—, y también en
San Pedro —una coincidencia muy inusual—. (LD XI, 277)

Noviembre 22, a Dalgairns:

Escuchamos en Milán que la única *idea* de Rosmini era hacer una filosofía positiva
sustantiva en vez de responder objeciones de manera mezquina que no es más que
negativa. Parece haber pensado que la época requería una filosofía, porque al pre-
sente no había ninguna. Dijo muchas cosas del mismo tipo que me parecieron bue-
nas. Hope me dijo que encontraríamos muy poca teología aquí, y una charla que
tuvimos ayer con uno de los padres jesuitas muestra que encontraremos poca

filosofía. Salió de nuestra conversación sobre los estudios griegos en Propaganda [*Fide*] preguntándole si los jóvenes estudiaban Aristóteles. ‘Oh no –dijo– Aristóteles no tiene aceptación aquí, no, no en Roma, y tampoco Santo Tomás. He leído Aristóteles y Santo Tomás, y les debo muchísimo, pero no gozan de favor aquí y en toda Italia. Santo Tomás es un gran santo, la gente no se arriesga a hablar contra él, le tienen reverencia, pero lo dejan de lado’. Yo le pregunté qué filosofía adoptaban *realmente*, y dijo que *ninguna*. ‘Cosas sueltas, lo que les parezca mejor, como los Stromata de San Clemente. No tienen filosofía. Los *hechos* son las grandes cosas, y nada más. Exégesis, pero no doctrina’. Continuó diciendo que muchos privadamente se dólían de esto, muchos jesuitas, pero ninguno se arriesgaba a oponerse a la corriente. Cuando le dije que pensaba existía un poder latente en Roma que pararía el mal, y que el Papa había introducido Aristóteles y Santo Tomás en la Iglesia, y que tenía que mantenerlos, se encogió de hombros y dijo que el Papa no podía hacer nada si la gente no le obedecía, y que los romanos eran gente atolondrada, no como los ingleses...

Noviembre 23:

Ayer, después de escribir lo anterior, fuimos súbitamente llamados a la presencia del Papa. (LD XI, 279-280)

Noviembre 25, a John Mozley:

Hace un mes que estamos aquí. El domingo pasado por la tarde tuvimos una audiencia privada con el Papa. Le vi la primera mañana que estuve aquí en San Pedro –fuimos a decir el Credo de los Apóstoles a la tumba de San Pedro, primero que nada– y allí estaba el Papa, diciendo Misa en la tumba de modo que fue la primera persona que vi en Roma y estuve muy cerca suyo. La gente dice que una cosa tal difícilmente ocurre una vez en el siglo, pues nadie que no sea él puede celebrar allí, y fue en privado esa mañana por accidente –nadie sabía que iba a ir–. Es un hombre joven y robusto, aunque pasa los 50, con un modo familiar nada afectado. Había preguntado por mí varias veces esa misma mañana (pero no dependió de mí sino de la gente aquí) y fue muy amable, yo diría afectuoso, si fuera una persona privada. Me dio una hermosa pintura al óleo de la Santísima Virgen como Mater Dolorosa. Fue una visita bastante privada. Estábamos vestidos con la misma ropa que usamos para caminar por la calle o sentados en casa. (LD XI, 282-283)

Noviembre 26, a Bowles:

El domingo pasado llovió fuerte, y cuando entramos nuestras mantellas tenían abajo una franja *muy gruesa* del paño más sucio que he visto y todo mojado. Bien, en este estado, entró el Rector y dijo que teníamos que ir a ver al Papa en media hora. ¿Cómo tenemos que vestirnos? Deben ir como están. Pero nuestras mantellas están sucias. No importa, estamos acostumbrados a eso, las pondremos en agua. Entonces, metieron en el agua el faldón de nuestras mantellas, no para quitar sino para esconder el color de la suciedad (este fue el simple hecho que se comprobó a la mañana siguiente), y en este estado fuimos en el carruaje de Monseñor Brumelli para ser presentados al Santo Padre.

Esto fue poco antes del Ave María. Esperamos en la ante-cámara cerca de una hora y media, y luego vimos durante cinco minutos al pobre Papa (que está agobiado de trabajo de la mañana a la noche toda la semana). Había estado preguntando por mí esa misma mañana al Padre Costa, y varias personas se habían sorprendido de que no hubiese ido todavía, pero yo estaba bajo las órdenes de Propaganda Fide y esperaba que me indicaran el momento. El Papa es un hombre vigoroso, con un rostro agradable y fue muy amable. Tan familiar, que cuando nos contó una historia de la conversión de un clérigo inglés, St. John dijo ingenuamente '¿Cómo se llama?', a lo cual el Papa con gran buen humor puso la mano sobre su hombro y dijo algo así como '¿Piensa Ud. que puedo pronunciar los nombres ingleses de ustedes?' o 'Los nombres ingleses de ustedes son demasiado para mí'. Es rápido en sus movimientos, y corrió a través de la habitación para abrir un mueble y darme una preciosa imagen al óleo de la Madre Dolorosa.

P:D. Noviembre 28.

¿No es amable el Papa? Le dijo a Monseñor Brunelli que lamentaba no tener otra pintura para dársela a St. John. Tiene tan buen corazón. Le dio una medalla de la coronación. (LD XI; 285-286)

1847

Enero 12, a Dalgairns:

...fuimos llamados de pronto para ver al Papa... Preguntó nuestros nombres y dijo que estaba muy contento de verme, una oveja recuperada... Cuando me arrodillé para besar sus pies al entrar, choqué la cabeza contra sus rodillas. Una amiga mía, Miss Giberne, al ser presentada, levantó su pie con sus manos. Es un milagro que no lo hiciera caer. (LD XII, 9)

Enero 13, diario:

Caminé hasta Chiesa Nuova. Luego hasta Santa Andrea della Valle, donde escuché predicar al Papa inesperadamente. Una iglesia inmensa, llena de gente de punta a punta, muy devota en general. (LD XII, 11)

Enero 13, a Bowden:

El Papa estuvo muy amable con nosotros cuando fuimos presentados, me dio una pintura al óleo de la Santísima Virgen y me dijo que deseaba verme a menudo, pero tengo algunas dudas de si estará personalmente interesado en mí, aunque no puedo decirlo. Ocurrió algo de lo cual no sé ni cómo dolerme ni cómo culparme, algo desfavorable. Una joven dama católica murió aquí repentinamente, pariente cercana de Lord Shrewsbury, y el Príncipe Borghese vino una noche y me pidió tan seriamente que predicara en su funeral al día siguiente (superando todas las dificultades de *forma* al ofrecerse para ir a ver al Cardenal Vicario por el permiso, etc.), que, considerando que era la sobrina de Lord Shrewsbury, pensé que no podía negárselo de buena gana. Puedes imaginarte qué gran problema fue para mí predicar improvisadamente, cuando he estado en Roma apenas un mes, notificado pocas horas antes de la muerte de una dama de quien no sabía nada. Bien, no recibí agradecimiento alguno de los familiares o de los católicos, y mucho rencor de

los protestantes y de muchos católicos también. El Príncipe Borghese había querido que tratara de hacer algún bien a los protestantes presentes, y yo prediqué un sermón a mi modo, que fue bastante novedoso y no agradable aquí. Los católicos que están acostumbrados a la elocuencia de los italianos no entendieron mi modo, y a los protestantes, que vinieron por la música o por respeto a la familia y con elevadas y poderosas ideas sobre su superioridad respecto a los papistas, no les gustó recibir un sermón. Y cuando salieron afuera y le contaron a otros, la historia se hizo peor y el enojo más grande con cada sucesiva transmisión. Al final el mundo protestante entró en una furia constante, y Miss Ryder en una fiesta escuchó a un hombre expresar la opinión de que yo tenía que ser arrojado al Tíber. Algunas personas (laicas) de la Corte le transmitieron más o menos algo de esto al Papa, y él usó una expresión, o hizo una pregunta (pues pienso que estaba *sondeando* a la persona a quien hablaba), y la dicha persona, que piensa que es mi amigo y en cierto modo lo es, contó todo acerca de Roma y dio margen a la condenación que había tenido mi desafortunado sermón. El Papa dijo que suponía que yo era 'más filósofo que orador', y que había hablado 'enérgicamente'. No he contado esto a nadie en Inglaterra porque pensé que podía irritarles, pero te lo explico para que veas lo que quiero significar cuando digo que quizás el Papa no me censurará. Pero no puedo decir nada, y pienso que estoy muy indiferente acerca de ello, pues si la Providencia se propone usarme lo hará, y si Él quiere hacerme a un lado será con Él, y como no tengo deseo de esto o de aquello, tanto como me conozco (aunque no puedo persuadirme por las indicaciones de Su voluntad que ha dado, que intenta realmente desecharme), pero como pienso que soy indiferente (excepto en cuanto implica no haber hecho lo que de otro modo hubiese hecho, o alguna falta en mí con ocasión de ello), me contento con dejar que las cosas sigan su curso. (LD XII, 12-14)

Febrero 5, al Cardenal Acton:

El señor St. John y yo no queremos seguir adelante sin informar a Su Eminencia, por lo cual le llamamos el otro día, que hemos seguido la sugerencia del Dr. Wiseman con la cual dejamos Inglaterra y no hemos ofrecido a Propaganda Fide para el propósito de introducir el Oratorio de San Felipe Neri en Inglaterra... Estoy feliz de decir que sólo el tiempo ha sido necesario para aclararnos lo que humildemente esperamos sea la voluntad de la Providencia respecto a nosotros. Cuando más pensamos en Inglaterra y vemos Roma más satisfechos estamos de la sabiduría de esa sugerencia que nos fue hecha antes de partir. El Cardenal Prefecto [*Fransoni*] se ha mostrado muy favorable, y el asunto ha sido llevado ante Su Santidad, quien ha expresado condescendientemente su gran aprobación. Él ha aprobado incluso enviarnos por otros de nuestros amigos de Inglaterra y desea remover todas las dificultades sobre el modo de llevar con nosotros a casa la tradición de San Felipe. (LD XII, 27-28)

Febrero 14, a Su Eminencia el Cardenal Fransoni [se trata de la famosa carta en latín, donde Newman pide poder constituir el Oratorio en Inglaterra]:

...Debe señalarse en primer lugar que nuestro objetivo al venir a Roma fue, entre otras razones, descubrir bajo la tutela de la ciudad santa y la protección de los santos lugares, la voluntad de Dios para con nosotros y nuestra vocación. Además,

debe considerarse que tenemos en casa algunos asociados y amigos que también están buscando su vocación, son diez o doce, pero este número crecerá cuando sean capaces de ver más claramente lo que sucede con nosotros. Finalmente, debemos agregar que hombres capaces cuya opinión valoramos mucho nos han advertido que nada serviría mejor a la causa católica en Inglaterra como el hecho de que tomáramos el camino de vida reflejado en la regla filipina... Buscamos ayuda en un tiempo propicio del "Sucesor del Pescador y del Discípulo de la Cruz", a quien miramos sobretodo, a quien sólo reverenciamos y amamos. No podemos creer que la Sede de Pedro mirará con desprecio a aquellos que desean ser sus siervos y que tienen el mismo ardor del alma, la misma fidelidad, aunque no fuera con las mismas esperanzas de futuro o la misma fama de virtud, a través de la cual los grandes hombres del pasado, miembros de nuestra raza anglo-sajona, San Wilfrid y San Bonifacio, recuperaron Inglaterra y agregaron Alemania, para la Sede Apostólica. (LD XII, 36-40)

Febrero 15, a Bowden:

...esta misma tarde Monseñor Brunelli (Secretario de Propaganda) debe ir a ver al Papa para obtener su aprobación de lo que, supongo, debe ser en adelante nuestro llamado... Supongo que seremos *Oratorianos*, es decir, de la Congregación de San Felipe Neri... Monseñor se propone conseguir un Breve del Papa con las alteraciones de la Regla que sean necesarias para Inglaterra... Necesito ciertamente las oraciones de todos los amigos... (LD XII, 44-45)

Febrero 21, a R. Stanton:

El Papa ha aceptado el asunto muy cálidamente, y propone que algunos de ustedes vengan a Roma *de inmediato*, estén en una casa aquí todos juntos, y tengamos un padre oratoriano como superior, y luego volvamos en el otoño... (LD XII, 49)

Marzo 7, a Bowden:

Quizás le conté que el Papa lanzó, no más que como una sugerencia, que algunos de nosotros vengamos aquí. Me ha parecido que se seguirían tantas ventajas de obrar así, además de la obviamente apropiado que es oír cualquier sugerencia suya, que acepté enseguida, y prometí mis amigos de Inglaterra. A él le ha complacido mucho escucharlo y, simplemente, no ha tomado en sus manos... *aquí* hay un gran revuelo por la Iglesia Católica en Inglaterra, el Papa lo está asumiendo, y dicen que debe haber una Congregación nombrada para Inglaterra y sus colonias. El Papa no descansará hasta que haya encaminado mejor los asuntos católicos en Inglaterra, pero es muy difícil hacer cambios sin la completa buena voluntad de los católicos ingleses, con quienes deben llevarse a cabo. (LD XII, 58-59)

Abril 21, a Newsham:

El Papa parece que siempre nos tiene en mente a pesar de la multitud de asuntos que tiene que atender. (LD XII, 68)

Mayo 9, a Bowden:

Theiner, el padre oratoriano, un hombre bien conocido por su erudición, averiguó que la casa oratoriana de Malta no estaba vacía, y que debíamos urgentemente

tomarla. Le respondimos que no éramos nuestros dueños, que el Papa nos tenía en sus manos, y que debíamos remitirle a él, al mismo tiempo que escribimos una carta (pensado que sería mejor decirlo por escrito) para expresar que somos indiferentes respecto de Roma o Malta, de modo que el Papa haga lo que le parezca mejor... Me pareció mejor escribir una carta al Papa diciéndole que él nos había llamado de Inglaterra para estar bajo su mirada como un *cuerpo* y luego volver a Inglaterra, que somos indiferentes de estar en Malta o Roma con tal que nos deje unidos y para la misión inglesa. Recibimos un amable mensaje en respuesta, 'Siete tranquilli' [*estad tranquilos*] dice, y que él hará todo, que nos tendrá unidos y que permaneceremos en Roma. Esto nos hace pensar que nunca quiso nuestra ida a Malta, y quería que respiremos el aire de Roma (como de hecho lo dijo). (LD XII, 71-73)

Abril 30, carta al Papa Pío IX (escrita en italiano por St. John):

Beatísimo Padre:

Correspondiendo a Vuestra paterna solicitud por nosotros, queremos sin tardanza hacerle saber a Vuestra Santidad nuestros más íntimos sentimientos.

Advertidos que hay un proyecto de separación, de modo que una parte se quedaría en Roma y la otra se dirigiría a Malta, queremos sugerir humildemente que para idea original de V.S. no era otra que formar aquí en Roma un cuerpo de novicios filipinos bajo Su cuidado paterno, de manera que, pasada una probación, tor-



John Henry Newman y Ambrose St. John en Roma (cuadro de María Giberne).

náramos a Inglaterra... Hemos avisado a Mons. Brunelli, padrino nuestro amabilísimo, que de cualquier modo somos indiferentes en cuanto al lugar al que Su Santidad nos destine, sea en Roma o Malta; pero la unidad de nosotros y la preparación para la misión inglesa han sido la condición fundamental con la cual V.S. ha tenido la condescendencia de traernos de nuestro país a Sus pies en la Ciudad Eterna.

Mayo 22, sábado, diario:

St. John y yo fuimos al Vicariato para la examinación. Comenzamos a rezar el Oficio. (LD XII, 84)

Mayo 24, lunes, diario:

Fuimos a Chiesa Nuova para hablar con el padre Rossi. De retiro esta semana excepto el miércoles, y aprendiendo las ceremonias de la Misa. (LD XII, 84)

Mayo 26, miércoles, diario:

Ordenados (St. John y yo) subdiáconos por el Cardenal Frasoni en su capilla privada. Los otros 5 presentes. Luego a cenar a Chiesa Nuova St. John, Dalgairns y yo con el Padre Rossi. (LD XII, 84)

Mayo 20, sábado, diario:

St. John y yo ordenados Diáconos en San Juan de Letrán (por el Cardenal Vicario). De 6 a 12 para ir y regresar. (LD XII, 84)

Mayo 30, Domingo de la Trinidad, diario:

St. John y yo ordenados presbíteros por el Cardenal Frasoni (en la capilla de Propaganda Fide). (LD XII, 84)

Junio 3, jueves, Corpus Christi, diario:

Mi primera Misa en la pequeña capilla de los jesuitas (san Jacinto), W. Clifford monaguillo... A la procesión en San Pedro (en carroza con el Rector Bresciani). Luego fiesta aquí por nosotros. Todos a desayunar y almorzar. (LD XII, 86)

Junio 20, domingo, diario:

Fuimos con Mons. Palma por la tarde a ver al Papa. (LD XII, 87)

Noviembre 26, BREVE PAPAL de Pío IX para la Fundación del Oratorio en Inglaterra (Texto latino, documento romano, pero que respira la apreciación personal del Papa por Newman):

Papa Pío IX

Ad Perpetuam Rei Memoriam

Siempre ha sido nuestra firme y gozosa expectativa, que llegaría el tiempo cuando pudiésemos, con la perspectiva de difundir y consolidar la religión católica en el poderoso y próspero Reino de Inglaterra, establecer y autorizar una sociedad de hombres, sobresalientes por su sabiduría y santidad, que fueran ingleses. Era nuestra opinión que nada podía imaginarse más apropiado o mejor adaptado para

realizar tan gran propósito... Entre los distinguidos hombres que en los últimos años han abandonado el viejo error y retornado a la fe de la Iglesia Católica, ha sido preeminente por su sabiduría y virtud en la Universidad de Oxford, en la estima de todos, John Henry Newman, y él es por eso la persona indicada para llevar a cabo lo que tan ardientemente deseamos. Pues, con un número de otros de la misma universidad que han abrazado la fe católica, ha venido con ansia a Roma para probar su reverencia hacia Nos y hacia la Silla de Pedro. Por Nuestro mandato, él y algunos de sus compañeros fueron calurosamente recibidos en el Colegio de Propaganda, donde, después de una feliz estadía de algunos meses, y después de recibir las Sagradas Órdenes Menores y el Presbiterado, nos ha solicitado la aprobación de la fundación de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Inglaterra. No hay necesidad de decir cuán alegres estamos ante esta proposición... Con Nuestra autoridad nombramos a John Henry Newman superior de la casa del Oratorio en Maryvale y del que será erigido en la ciudad de Birmingham... Aprobamos sumamente la intención de Newman y sus compañeros, a saber, que mientras desarrollan todas las funciones del sagrado ministerio en Inglaterra tengan al mismo tiempo en mente especialmente esto: aspirar a realizar todo lo que pueda promover la causa de la religión en las ciudades más grandes, y en las clases elevadas, y generalmente las más educadas... Pero como damos por cierto que ni el que planta ni el que riega es algo sino sólo Dios que da el crecimiento, confiamos que la voluntad de Dios consolide estos comienzos de una obra buena con Su bendición, y los confirme con Su Divina asistencia de modo que traiga ricos frutos para Su Iglesia en Inglaterra.

Dado en Roma, en Santa María Maggiore, bajo el anillo del Pescador, el 26 de noviembre de 1847, segundo año de Nuestro Pontificado.

A. Cardenal Lambruschini

(*Newman the Oratorian*, pp. 421 ss.)

Noviembre 28, domingo, diario:

Padre Rossi, yo, Penny, St. John, Bowles y Knox fuimos presentados al Papa para despedirnos. (LD XII, 130)

Diciembre 21, a Mozley:

El Papa tiene una carga sobre sus hombros, como todos los Papas han tenido de un modo u otro, más grande que cualquier hombre en Europa. Tuvimos una o dos entrevistas muy bellas con él antes de partir... La última vez lo vi muy desgastado, pero aunque varía sus maneras son siempre muy dulces. Cada aparición suya es tan firme como amable. Por supuesto, cualquier cosa puede pasarle personalmente, como a otros Papas, pero cuando sufren personalmente su causa triunfa. Aún así, cuánto sufriría mi corazón si le pasara algo. El peligro es que una pequeña banda de infieles, tales como los suizos, siendo fanáticos, pueden hacer mucho, y después, supongo, están las sociedades secretas como los francmasones y los Illuminati, acerca de los cuales no sabemos nada. (LD XII, 136-137)

1848

Mayo 14, a Faber:

Debemos rezar por el Papa noche y día. Et Petrus quidem servabatur in carcere, oratio autem fiebat sine intermissiones ab Ellcesia ad Deum por eo. (LD XII, 206)

[Cita en latín Hechos 12,5: "Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios". Pío IX, que se había rehusado a entrar en guerra contra Austria, estaba amenazado por la revolución]

Junio 6, a Giberne:

El Papa necesita de nuestras oraciones. Continuamente pensamos en él y no hay duda de que está divinamente guiado en todo lo que hace. (LD XII, 214)

Diciembre 2, a Mozley:

Estoy publicando la alocución del Papa del 29 de abril... El Papa desde el principio se ha opuesto a la guerra, y desde entonces su popularidad cambió. Los italianos radicales han mentido a diestra y siniestra. Por ejemplo, dicen que el Papa envió una espada al Rey Carlos Alberto, lo cual es tan verdadero como lo que dicen acerca del Arzobispo de Milán luchando detrás de las barricadas. Pero así como la tiranía *austríaca* desbarató las propias reformas del Papa en la primera parte de la historia, así la revolución *francesa* de febrero la continuó hasta la guerra abierta... Una de las penalidades de ser católico es que le da a uno una comunión de dolores y temores con todo el mundo. Cómo lo soporta el Papa, que lleva sobre sí el peso de todo el mundo, no puedo imaginarlo, excepto de que tiene tantas oraciones hechas por él en todos los países. Yo sé de algún modo qué responsabilidad es, y sé que es casi un dolor físico en la mente, especialmente cuando concierne a otros. Pero es maravilloso para mí cómo puede el Papa soportarlo. Hay un reporte de que le han vuelto algunos ataques epilépticos como tenía cuando era joven, pero no he escuchado después nada que lo confirme... En cuanto al Papa, me asombra qué bien responde a su lema en la profecía de San Malaquías, 'Cux de Cruce'. El populacho se volvió contra nuestro Señor porque no iba a liderar una insurrección contra el Imperio Romano, después que le habían aclamado 'Hosanna'. (LD XII, 361-362)

LEÓN XIII

Elegido Papa el 20 de febrero de 1878.

1878

Marzo 24, a Sconce:

Muy amable de su parte haberme enviado la fotografía del Papa León... Es la mejor foto que he visto... Mi única ansiedad acerca de él es su edad, aunque los

Papas que han hecho grandes cosas antes, han tenido pontificados cortos para hacerlas. Supongo que nunca ha habido tanto que hacer para un nuevo pontífice como lo que tiene que hacer el Papa León. (LD XXVIII, 334)

[¡Qué curiosa observación sobre la edad! Newman no podía saber que León XIII gobernaría la Iglesia 25 años y 6 meses]

Octubre 27, a Jenkins:

Sólo puedo decir que la carta del Papa es excelente, y he seguido con gran amor y simpatía cada acto que los periódicos nos traen desde su elevación. Sólo desearía que fuese 10 años más joven. Que no lo sea es su única falta. (LD XXVIII, 415)

[La carta a que hace referencia fue la primera, del 27 de agosto, donde el Papa delinea su propósito de llevar a la sociedad moderna la acción de la Iglesia, remover los obstáculos a la paz religiosa en Alemania, y dar esperanza sobre el futuro de las iglesias del este, sobre la violación de los derechos y la protesta sobre la persecución religiosa en Italia]



Papa León XIII.

Diciembre 30, a Giberne:

Sí, ocurrió esto, hace unos pocos días el Papa me ha enviado una de las estampas devocionales de su breviario, con su bendición. (LD XXVIII, 438)

1879

Marzo 1, a Mozley:

He sabido hoy mismo que me ha sido ofrecido el capelo cardenalicio, con el privilegio de seguir viviendo aquí como antes. No pude resistir tan gran bondad del Papa hacia mí, con tal sentimiento personal, y aceptaré.

Pone fin a todos esos reportes de que mi enseñanza no es católica o mis libros confiables, que han sido tan gran prueba para mí durante tanto tiempo.

Rehusar también hubiera creado la sospecha de que era verdad que soy mitad católico, que no se arriesga a comprometerse a una estrecha unión con la Iglesia de Roma, y que quiere ser independiente.

Hubiera inquietado a algunos católicos y rechazado a los que preguntan.

Hubiera descorazonado a muchos bien intencionados celosos, que se hubieran alegrado o fatigado personalmente por que mi buena fama fuese reparada, y que piensan que un rechazo sería muy descortés para con el Papa, más aún, como se

me dijo, 'sin duda un desaire para él', y hubiera sido vacilar en ayudarlo por parte mía cuando él está siguiendo la misma línea de gobierno que he deseado para Roma durante muchos años. (LD XXIX, 50)

Marzo 12, al Duque de Norfolk:

El Cardenal Manning ha estado con el Papa, y me ha traído un mensaje personal para mí bastante bueno como oficial, que remueve todo mi suspenso. (LD XXIX, 77)

Abril 9, al Cardenal Manning:

Mis médicos no quieren ni escuchar de que esté en Roma en mayo. Por el contrario no quiero no estar presente ante el Santo Padre de inmediato. Por tanto, propongo estar en Roma durante la última semana de abril. (LD XXIX, 100)

Mayo 2, a Bittleston:

He estado con un mal resfrío desde que estoy aquí (en Roma). Ayer y hoy he estado en cama. Me ha tomado la garganta y sigue fuerte. Fui advertido pero no es nada para mí. El tiempo es tan malo, que no creo que mejore hasta que llegue el tiempo primaveral. Me tira abajo tristemente. Grandes días transcurren aquí y estoy prisionero en la casa. Esto contesta a mi experiencia general al clima de Roma.

El Santo Padre me recibió muy afectuosamente, sosteniendo mi mano en la suya. Me preguntó '¿Intenta Ud. continuar en la casa de Birmingham?'. Yo respondí 'Eso depende del Santo Padre'. Él dijo después 'Bien, entonces yo deseo que continúe', y siguió hablando de esto hasta el final, diciendo que había un precedente en uno de los Cardenales de Gregorio XVI.

Me hizo varias preguntas: si nuestra casa era buena, si lo era nuestra iglesia, cuántos éramos, de qué edad. Cuando le dije que habíamos perdido algunos, puso su mano en mi cabeza y dijo 'No llore'. Preguntó si teníamos algunos laicos, qué hacíamos para cocinar. Le dije que teníamos una mujer viuda y que la cocina estaba separada de la casa. Él dijo 'bene'. Preguntó que dónde había estudiado teología, si en Propaganda, etc., etc. Cuando me estaba yendo aceptó una copia de mis cuatro Disertaciones Latinas en la edición romana. Ciertamente no pensé que su boca fuese grande hasta que sonrió, y luego llegó el fin, pero no desagradable. Tiene una clara complexión blanca, sus ojos son algo inyectados de sangre, pero esto debió ser el accidente del día. Habla muy despacio y claramente y a la manera italiana. (LD XXIX, 121)

Mayo 4, a Burton Payne:

Dentro de una semana (el 12) a las 11 a.m. recibiré la noticia de mi elevación a la dignidad de Cardenal. Tendrá lugar en los apartamentos del Cardenal Howard... están en el Palazzo Foschi, 12 Piazza della Pigna. (LD XXIX, 121-122)

[La mañana del lunes 12 de mayo Newman fue al Palazzo della Pigna a recibir el biglietto del Cardenal Secretario de Estado informándole que en el Consistorio de esa misma mañana el Papa le había elevado al rango de Cardenal. Newman pronunció allí su famoso discurso. El martes 13 por la mañana fue al Vaticano para



Newman en Roma con sus vestimentas cardenalicias y acompañantes del Ordenatorio.

recibir la biretta cardenalicia de manos del Papa León XIII. El miércoles 14 tuvo lugar la presentación de las vestiduras de parte de los católicos de habla inglesa de Roma, en el Colegio Inglés. El jueves 15 fue el Consistorio público en el que fueron presentados los sombreros de los Cardenales, donde los nuevos Cardenales abrazaron al Papa y a sus hermanos Cardenales. Hubo seis nuevos Cardenales que eran obispos, y otros tres además de Newman que no lo eran, José Pecci, hermano del Papa, José Hergenröther y Thomas Zigliara, dominico.]

Mayo 16, al Duque de Norfolk:

Ahora todas mis ansiedades y trabajos han terminado. Ud puede sonreír ante mis grandes palabras, pero he estado y estoy muy débil, y la debilidad ha afectado mi cerebro tanto como mis piernas. Pero mi buen Angel Guardián, que nunca me falla, cuando llega la prueba me empuja.

Hoy y mañana tengo que estar en completo descanso. El domingo o el lunes tengo que ver al Santo Padre, lo que me tiene algo ansioso, ya que soy tan malo para los idiomas. Luego viene la dificultad de irme... (LD XXIX, 126)

[La audiencia con el Papa fue el 2 de junio. Newman dejó Roma el 4 de junio.]

Julio 3, al obispo Ullathorne:

Cuando me encuentro hecho Cardenal, le he dicho al padre Neville, me pregunto cuáles serán nuestras penitencias. La simpatía y los honores que me han demostrado son tan sobrecogedores, y la ternura, la amorosa ternura del Santo Padre hacia mí ha sido tal, que una y otra vez ha brotado en mi mente el pensamiento de que ahora nada queda para mí sino morir.

Pero no he estado sin penitencias. Piense solamente que estuve seis semanas en Roma y sólo pude decir Misa tres veces, ir a no más de media docena de iglesias, las grandes Basílicas, y entrar a San Pedro sólo una vez. El día de San Felipe, en vez de ir a Chiesa Nuova, como el Papa quería, quedé confinado a mi habitación, sin siquiera poder *escuchar* Misa el día de la Ascensión, y cuando viajé a Leighton, en vez de gozar el fresco y la brisa del hermoso clima, se apoderaron de mí dos enfermedades distintas y quedé confinado a mi cama o al dormitorio por quince días. He sido bendecido maravillosamente con buena atención médica durante toda esta prueba, y he llegado salvo a casa, pero me he encontrado al querido Richard Bellasi con pleuresía, y escucho noticias preocupantes sobre el Duque de Norfolk.

Espero que todo esto pueda tomarse como un momento amoroso desde arriba de modo que no reciba mis 'bona in vita mea' [*bienes en vida, según la parábola de Lucas 16, 25*], y que este torrente de grandeza externa no pueda destruir mi futura esperanza. (LD XXIX, 148-149)

Julio 14, al R. Stanton:

Le pedí al Santo Padre su bendición para el Oratorio de Londres. Él la dio, y expresó su aflicción por haberme llamado en el Consistorio 'del Oratorio de Londres'. En consecuencia me ha permitido llamar a este Oratorio 'Oratorio del Cardinale', y ha dado instrucciones a las autoridades de Propaganda al efecto, para prevenir tales errores en el futuro, y en memoria de su favor hacia mí. (LD XXIX, 154)

Julio 25, a Mozley:

Aunque la posibilidad de tener que residir en Roma era la mayor ansiedad, me di cuenta que era Cardenal, y la dignidad, la publicidad y el ceremonial de estado fue lo que mayormente y directamente me ha afligido. Sentí lo que sería esa nueva vida, y esto me llevó a protestar contra los esfuerzos de mis amigos de llevarme ante el Papa, el año pasado. Sin embargo, insistieron, y el Papa fue más que deseoso, mejor aún, debo destacarlo, fue su acto, y sólo se sirvió de las peticiones inglesas como una introducción apropiada a su gestión. Luego me envió una carta en la cual decía que quería darme 'un testimonio solemne y público' de la gran opinión que tenía de mí, usando palabras fuertes. Cuando llegué se mostró conmigo tan maravillosamente atento, y, no me gusta mencionarlo pero, dejó allí atónitos a todos. Fue esta actitud, por así decir, del Papa, que me obligó a sacrificar mis propios sentimientos. Durante 20 ó 30 años, católicos ignorantes o exaltados han dicho casi que yo era un hereje. Sabía bien que la teología de Roma, y los teólogos de Roma, estaban de mi lado, a saber, o aprobándome o admitiéndome. Sabía y sentía que era un mal miserable que la única religión verdaderamente apostólica

fuera tan calumniada como para hacer suponer a los hombres que mi retrato no era el verdadero. Y sabía que muchos llegarían a ser católicos, como debían ser, solamente si la Autoridad proclamaba que yo era un *buen* católico. Por otro lado, me ha irritado desde hace mucho que los protestantes dijese condescendentemente que yo era sólo mitad católico, y demasiado bueno para ser lo que los católicos eran en Roma. Por ello, me sentí constreñido a aceptar. En cuanto al dicho de Döllinger de que el Papa no sabía lo que estaba haciendo, es un buen chiste.

Noviembre 23, a T. Allies:

Por supuesto vuestro reporte de las palabras del Papa acerca de mí y el mensaje para mí me gratifican enormemente. Él ha actuado desde el principio como si hubiera tenido un conocimiento personal y un gusto por mí, y no puedo decir lo que esto significa. Yo nunca había escuchado su nombre hasta que estuvo vacante la Santa Sede, y cuando leía los periódicos acerca de las posibilidades de este o aquel Cardenal, ni imaginaba estar interesado en el evento.

El último mensaje que tengo acerca de mi promoción fue hace unos pocos días, de un trabajador, desconocido de la amiga que lo encontró al salir de una iglesia de Londres. ‘¿Es Ud. católica? ¿Esta es la iglesia del Cardenal Newman? ¿Ud. lo conoce? Dígame que los trabajadores de Inglaterra estamos alegres de saber que el Papa ha hecho algo tan bueno como hacerlo Cardenal’. Es un cambio tan maravilloso como para intimidarlo a uno. (LD XXIX, 201)

Diciembre 14, al Papa León XIII (con motivo de Su Encíclica Aeterni Patris, sobre la renovación del pensamiento filosófico y teológico según Santo Tomás de Aquino):

Beatísimo Padre:

Espero que no parezca a Su Santidad una intrusión en su tiempo si le dirijo unas líneas para expresar a Su Santidad la gratitud que no podemos sino sentir por la muy oportuna e importante Encíclica que nos ha ofrecido. Todos los buenos católicos deben sentir como primera necesidad que el ejercicio intelectual, sin el cual la Iglesia no puede completar su misión sobrenatural debidamente, ha de estar fundado sobre principios amplios y verdaderos, que las creaciones mentales de sus teólogos, de sus polemistas y pastores, han de estar injertadas en la tradición católica de la filosofía, y no deben comenzar desde una tradición novedosa y simplemente original, sino que deben estar sustancialmente unidas a la enseñanza de San Atanasio, San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás, como esos grandes Doctores están a su vez unidos entre sí.

En un momento en el que hay tan gran cultivo del pensamiento, tanta excitación intelectual, tantos nuevos puntos de vista verdaderos y falsos, y tan gran tentación de traspasar la antigua verdad, necesitamos precisamente lo que Su Santidad nos ha proporcionado en Su reciente Pastoral, y espero que mi personal gratitud por Su acción sabia y oportuna pueda ser tomada por Su Santidad como mi excusa, si parezco haber sobrepasado los límites de la modestia y la corrección al dirigir esta carta a Su Santidad.

Beso sus pies, implorando la Bendición Apostólica. (LD XXIX, 212-213)

1882

Mayo 29, a C. Bathurst:

Me complace mucho escuchar tu relato acerca del Papa, sobretodo eso, porque no es el único testimonio del mismo efecto. Un párroco anglicano amigo mío fue recibido por él en Navidad con su esposa, y fue, debo decirlo, muy tierno con ellos, y, como en tu caso, habló muy amablemente de mí. Realmente me deja perplejo y casi me asusta que muestre semejante bondad personal y persistente hacia mí, y continuamente me digo a mí mismo, '¿Cómo puedes tú llegar a saber algo de mí?', y más aún, '¿qué te ha interesado en mí?'. Todos dicen que está penosamente débil... pero aquellos que le conocen mejor están tan acostumbrados a verlo que no reaccionan como para no asustarse. (LD XXX, 91)

1883

Noviembre, 25, al Papa León XIII (al enviarle el Óbolo anual):

Quinimmo a Sanctissimo Benedictiones humillime posco, ego qui comnium quotquot munc in vivis sunt Purpuratorum, annis, etsi no meritis, jam sum provectissimus... (LD XXX, 275)

[Después de la muerte del Cardenal Bonnechose el 29 de octubre de 1883, Newman llegó a ser el Cardenal más viejo de todo el Colegio, es decir el Decano.]

1886

Noviembre, 26, a E. Stonor:

Quiero pedirle el favor de ofrecer mi Óbolo al Santo Padre. He perdido el poder de escribir de modo que lo que me propongo hacer, al enviarle mi cheque, es también enviar algunas líneas tales como Leoni XIII Beatísimo Patri, Augustísimo, Sapintísimo, ergo, servus et creatura ejus etc, etc. Por favor dígame si tal forma de dirigirme al enviar el Óbolo es tan inusual como para que sea imposible. Mucho temo que estoy demasiado débil para enviar una carta escrita decentemente, pero puedo escribir una o dos líneas, tal como digo. (LD XXXI, 174)

1888

El 1º de enero de 1888 el Cardenal Newman predicó por última vez. Fue con motivo de la celebración del Jubileo sacerdotal (50 años) del Papa León XIII. El pensamiento que durante tanto tiempo lo puso a prueba, a saber, que reconocía haber hecho tan poco desde su admisión a la Iglesia Católica hasta los últimos años de su vida, fue evidente en este sermón. Encontró en esto un punto de simpatía con el Papa León, que era él mismo (creía así) un hombre viejo y comparativamente desconocido cuando se le dio la gran oportunidad de su elevación al Pontificado. Era el camino de la Providencia de Dios.

"Cuando miramos hacia atrás" dice, "y vemos las vidas de hombres santos parece siempre maravilloso que Dios nos los haya empleado más enteramente". Señala los

inescrutables caminos de Dios Todopoderoso al elegir personas para hacer Su obra, Moisés teniendo ochenta años antes de empezar su carrera de guía de los israelitas, mientras San Juan Bautista fue interrumpido en el comienzo de su obra. Después de citar como ejemplos a San Gregorio Nacianceno y otros de la historia eclesiástica, el Cardenal dijo: “No comparo directamente a nuestro actual Santo Padre con Moisés, pero aún así se aplica la misma regla en este caso. Él ha vivido una larga vida antes de ser Papa, y ha hecho ahora cosas que, debe decirse, ningún otro hombre pudo hacer, y aún así raramente se puede suponer que alguien aquí presente haya escuchado su nombre antes de que fuera Papa. No parecía que hubiera habido ninguna probabilidad de que tuviese que dejar su obispado de Perugia, pero fue hallado como otros fueron hallados, por la especial providencia e inspiración de Dios, y nosotros en nuestra ignorancia no sabíamos nada de él”. “En conclusión”, sigue el reporte del periódico acerca del sermón, “el Cardenal agradeció a Dios por una de las bendiciones más especiales de su vida: la de haber podido estar allí y decir unas pocas palabras ese día, y eso por el favor especial de Dios de haber vivido tanto como para ver a semejante hombre”. (Ward, *Life of Cardinal Newman*, Vol. II, p. 530)

Como si el Papa León XIII hubiese escuchado el final de aquel sermón, le dijo a Lord Selborne ese mismo año de 1888 acerca de Newman: ‘Yo siempre le rendí culto. Estoy orgulloso de haber podido honrar a un hombre semejante’.

1889

Fin de Noviembre, a Stonor:

El favor que le pido es la repetición del servicio que me ha hecho tan a menudo y amablemente, en una palabra, le imploro que cuando llegue la Navidad haga los buenos oficios de ofrecer a Su Santidad mi óbolo de aniversario, que probablemente sea mi última oportunidad. En ese caso le enviaría la suma de 20 libras a su nombre. (LD XXXI, 278)

Esta es la última carta de Newman donde habla del Santo Padre. Pero hasta el fin de su vida, que fue el año siguiente de 1890, habrá continuado en sus plegarias orando por aquél que era el signo visible de la unidad y de la catolicidad de la Iglesia.

Cuando en 1870 el Concilio Vaticano I proclamó el dogma de la infalibilidad papal, y ante la repulsa que publicó entonces Gladstone, Newman contestó con su célebre Carta al Duque de Norfolk, donde dice: “Es necesario, o bien que cesemos completamente de creer en la Iglesia como una institución divina, o bien que la reconozcamos ahora en esa comunión de la cual el Papa es la cabeza. Sólo con él y alrededor de él se encuentran las exigencias, las prerrogativas y las obligaciones que identificamos con el reino establecido por Cristo. Debemos tomar las cosas como son. Creer en la Iglesia es creer en el Papa”. (Diff II, p. 208)

Irradiar a Cristo

TRADUCCIÓN

FERNANDO MARÍA CAVALLER

Esta oración, compuesta por Newman, la rezaba todos los días la Madre Teresa de Calcuta, recién beatificada por S.S. Juan Pablo II, y lo hacen por regla las Hermanas de la Caridad por ella fundadas. Sea nuestro tributo en memoria de esta gran santa de nuestro tiempo, y como recuerdo también a la figura del Papa, tan unido a ella.

Meditations and Devotions (recopiladas y publicadas post-mortem por el Padre William P. Neville, del Oratorio de Birmingham, en 1893)

(pp. 500-501, de la edición de Longmans, Green, and Co., Londres, 1893)

Pars III: Meditations on Christian Doctrine

Chap. VII: God with us

Part 3: Jesus the Light of the Soul

Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.

Stay with us, because it is towards evening

(pars 3):

Stay with me, and then I shall begin to shine as Thou shinest: so to shine as to be a light to others. The light, O Jesus, will be all from Thee. None of it will be mine. No merit to me. It will be Thou who shinest through me upon others. O let me thus praise Thee, in the way which Thou dost love best, by shining on all those around me. Give light to them as well as to me; light them with me, through me. Teach me to show forth Thy praise, Thy truth, Thy will. Make me preach Thee without preaching, not by words, but by my example and by the catching force of the sympathetic influence, of what I do by my visible resemblance to Thy saints, and the evident fulness of love which my heart bears to Thee.

Meditaciones y Devociones

Parte III: Meditaciones sobre la doctrina cristiana

Cap. VII: Dios con nosotros

Parte 3: Jesús, luz del alma

Párrafo 3

Quédate conmigo, Señor, y entonces comenzaré a brillar como Tú, de modo de brillar como una luz para otros. La luz, oh Jesús, vendrá toda de Ti; nada de ella será mío ni mérito mío. Serás Tú quien brille a través mío sobre los otros. Déjame alabarte del modo que más amas, brillando sobre todos aquellos que me rodean. Dales la luz a ellos tanto como a mí; ilumíname conmigo, a través mío. Enséñame a darles a conocer Tu gloria, Tu verdad, Tu voluntad. Haz que predique de Ti sin predicar, no con palabras sino con mi ejemplo y con la fuerza de atracción y la influencia amable de lo que hago, con el visible parecido a Tus santos, y con la evidente plenitud del amor que mi corazón tiene por Ti.

Meditations on Christian Doctrine, IV

El pecado

TRADUCCIÓN

FERNANDO MARÍA CAVALLER

I HE PECADO SOLAMENTE CONTRA TI

1. Oh Señor, después de vivir toda una eternidad en inefable bienaventuranza, pues eres la única y sola Perfección, finalmente comenzaste a crear espíritus para que estuvieran contigo y participaran de Tu beatitud de acuerdo a su nivel, y lo que hicieron a cambio fue rebelarse enseguida contra Ti. Primero una gran parte de los Ángeles, y luego la humanidad, se levantaron contra Ti, y sirvieron a otros, no a Ti. ¿Porqué nos creaste sino para hacernos felices? ¿Si fuiste feliz al crearnos, cómo podremos ser felices sino obedeciéndote? Sin embargo, decidimos no ser felices como Tú querías que lo fuésemos, sino buscando una felicidad propia, y entonces Te dejamos. ¡Oh mi Dios, qué respuesta Te dimos –Te dí– al pecar! ¡Qué terrible ingratitud es, y cuál será mi castigo por rehusar ser feliz y preferir el infierno al cielo! Sé cuál será el castigo. Tú dirás, “Dejadle que siga su propio camino; quiere morir, pues dejadle morir; ha despreciado las gracias que le di; se volverán una maldición”.

2. ¡Tú, mi Dios, me reclamas, y yo soy todo Tuyo! Tú eres el Creador Todopoderoso, y yo soy obra Tuya. Soy la obra de Tus manos, y Tú eres mi dueño. Tanto podría el hacha o el martillo exaltarse a sí

mismo contra su fabricante, como yo contra Ti. Tú no me debes nada; no tengo derechos respecto a Ti, sólo obligaciones. Dependo de Ti para la vida, la salud, y cada bendición en todo momento. No tengo más poder de ejercer la voluntad en cuanto a mi vida que el hacha o el martillo. Dependo de Ti mucho más que cualquier cosa depende aquí de su dueño o señor. El hijo no depende del padre para la continuidad de la vida –la materia de la que se hizo el hacha existió primero– pero yo dependo enteramente de Ti. Si me quitas tu aliento por un momento, muero. Soy total y enteramente Tu propiedad y Tu obra, y mi único deber es servirte.

3. ¡Oh Dios mío, confieso que hasta ahora había olvidado esto completamente, y que lo olvido continuamente! He actuado más de una vez como si fuera mi propio amo, y me aparté de Ti con rebeldía. He actuado de acuerdo a mi propio placer, no de acuerdo al Tuyo. Y tanto me he endurecido, que no siento como debería cuán malo es esto. No comprendo lo terrible que es el pecado, y no lo odio ni le temo como debo. No siento horror de él, o aversión. No me aparto de él con indignación, por ser un insulto a Ti, sino que juego con él, y aún cuando no cometo grandes pecados no tengo gran repugnancia de cometer los pequeños. ¡Oh mi Dios, que grande y tremenda diferencia existe entre lo que soy y lo que debo ser!

II HE PECADO SOLAMENTE CONTRA TI

1. Dios mío, no me arriesgo a ofender a ningún superior terreno, tengo miedo pues sé que me meteré en problemas, pero sin embargo me arriesgo a ofenderte a Ti. Se, oh Señor, que según la grandeza de la persona ofendida, mayor es la ofensa. Y sin embargo no temo ofenderte, que es ofender al Dios infinito. Oh mi amado Señor, ¿cómo me sentiría, qué diría de mí, si golpeará a algún venerable superior de la tierra, si descargara un golpe sobre alguien tan venerable como un padre o un sacerdote, si fuera a golpearles en la cara? No puedo siquiera soportar el pensar en una cosa semejante. Y sin embargo, ¿qué es esto comparado con levantar mi mano contra Ti? ¿Qué es el pecado sino esto? Pecar es insultarte del modo más grosero que se pueda concebir. Oh alma mía, esto es en lo que consiste la maldad del pecado. Es levantar mi mano contra mi Infinito Benefactor, contra mi Creador, Protector y Juez Todopoderoso, contra Aquel en quien se concentra toda majestad y gloria, toda belleza, reverencia y santidad, contra el único y solo Dios.

2. ¡Oh mi Dios, estoy completamente confundido al pensar en el estado en el que me encuentro! ¿Qué será de mí si Tú eres severo? ¿Qué es mi vida, oh mi amado y misericordioso Señor, sino una serie de ofensas, pequeñas o grandes, contra Ti? ¡Qué grandes pecados he cometido antes contra Ti y cómo estoy continuamente pecando en cosas menores! ¿Qué será de mí Dios mío? ¿Cuál será mi situación de aquí en adelante si soy dejado a mí mismo? ¿Qué puedo hacer sino venir humildemente hacia Ti, a quien he afrentado e insultado tan

fuertemente, e implorarte que me perdones la deuda que pesa contra mí? ¡Oh mi Señor Jesús, cuyo amor por mí ha sido tan grande que has descendido del cielo para salvarme, enséñame, amado Señor, mi pecado, enséñame su atrocidad, enséñame a arrepentirme de él verdaderamente, y perdónalo en Tu gran misericordia!

3. ¡Te ruego, oh mi amado Salvador, que me rescates! Solamente Tu gracia puede hacerlo. No puedo salvarme a mí mismo. No puedo recuperar el terreno perdido. No puedo volver a Ti, no puedo agradarte o salvar mi alma sin Ti. Iré de mal en peor, me alejaré de Ti enteramente, me endureceré completamente en mi descuido del deber, si confío en mis propias fuerzas. Haré de mí el centro en vez de serlo Tú. Daré culto a algún ídolo hecho por mí en vez de Ti, el sólo Dios verdadero y mi Creador, a menos que Tú lo impidas por Tu gracia. ¡Oh mi amado Señor, escúchame! He vivido suficiente en estado indeciso, oscilante e insatisfactorio. Quiero ser Tu siervo bueno. No quiero pecar más. Sé clemente conmigo y hazme capaz de ser lo que sé que debo ser.

III LOS EFECTOS DEL PECADO

1. Señor mío, Tú eres el Dios infinitamente misericordioso. Tú amas todas las cosas que has creado. Tú eres el amante de las almas. ¿Cómo es, entonces, Señor, que estoy en un mundo tan miserable como este? ¿Puede ser este el mundo que Tú has creado, tan lleno de dolor y sufrimiento? ¿Quién entre los hijos de Adán vive sin sufrir desde su nacimiento hasta su muerte? ¡Cuántas enfermedades malas y dolencias hay, cuántos accidentes espantosos, cuántas grandes

ansiedades, cuántos son los hombres abatidos y deshechos por el dolor, la enfermedad, el tumulto de las pasiones y el continuo temor! ¡Qué terribles plagas existen aún sobre la tierra: guerra, hambre y peste! ¿Por qué es así, Dios mío? ¿Por qué es así, alma mía? Medita en ello y pregúntate porqué. ¿Ha cambiado Dios Su naturaleza? ¡Cómo ha llegado el mal a la tierra!

2. Oh Dios mío, sé muy bien porqué existen todos estos males. Tú no has cambiado Tu naturaleza, sino que el hombre se ha arruinado a sí mismo. Hemos pecado, Señor, y por esta razón existe este cambio. Todos estos males que veo y en los que tomo parte son fruto del pecado. No existirían si no hubiéramos pecado. No son sino el primer pago del castigo por el pecado. Son una imagen imperfecta y oscura de lo que es el pecado. El pecado es infinitamente peor que el hambre, que la guerra y que la peste. Considerad la más horrible de las enfermedades en la que el cuerpo se consume y corrompe, la sangre se infecta, la cabeza, el corazón, los pulmones, cada órgano se trastorna, los nervios destroza-dos, dolor en cada miembro, sed, insomnio, delirio. Todo esto es nada comparado con esa horrible enfermedad del alma que llamamos pecado. Son todos efectos del mismo, sombras suyas, pero nada más. Esa causa es en sí algo de especie diferente, de una malignidad muy distinta y mucho mayor que todas esas cosas. ¡Oh Dios mío, enséñame esto! Dame a entender la enormidad de este mal bajo el cual me muevo y no lo sé. Enséñame lo que es el pecado.

3. Todos estos horribles dolores del cuerpo y del alma son frutos del pecado, pero son nada en comparación al castigo del mundo venidero. El más agudo y feroz de los dolores corporales es nada comparado con el fuego del infierno. El horror o la

ansiedad más calamitosa es nada en comparación con el gusano de la conciencia que nunca muere. La aflicción más grande, la pérdida de fortuna, el abandono de los amigos, y la desolación y desamparo no es nada comparada con la pérdida del rostro de Dios. El castigo eterno es la única verdadera medida de la culpa del pecado. Dios mío, enséñame esto. Abre mis ojos y corazón, te ruego con la mayor seriedad, y hazme entender qué terrible conjunto de muerte soporto a mi alrededor. Y no me lo enseñes solamente, quítalo por Tu misericordia y gracia.

IV EL MAL DEL PECADO

1. Dios mío, sé que Tú creaste todo el universo muy bueno, y si esto es verdad del mundo material que vemos, lo es mucho más del mundo de los seres racionales. Las estrellas innumerables que llenan el firmamento y los mismos elementos de los cuales está hecha la tierra realizan sus cursos y funcionan en perfecta armonía, pero mucho mayor era la armonía que reinaba en el cielo cuando los ángeles fueron creados al principio. En aquel primer momento de su existencia los órdenes angélicos más importantes estaban en armonía excelentísima y eran bellos para contemplar. Y la creación del hombre era esperada después para continuar esa armonía como instancia de un tipo diferente de ser. Entonces fue que súbitamente se descubrió un defecto o ras-gadura en un punto de esta delicadísima y exquisita red, y se extendió y desenredó la red, hasta que una tercera parte de ella se arruinó. Y luego, un defecto similar se encontró en la especie humana y se extendió a toda la raza. Este horrible mal que destruyó una parte tan grande de todas las obras de Dios es el pecado.

2. Dios mío, tal es el pecado en Tu juicio. ¿Cuál es según el juicio del mundo? Un mal muy pequeño o ningún mal en absoluto. Según el juicio del Creador es lo que estropeado Su obra espiritual, un mal más grande que si las estrellas se desprendieran y corrieran como locas por el cielo, y llegara el caos de nuevo. Pero el hombre, que es el culpable, lo llama con nombres suaves. Lo justifica hábilmente. El mundo de ríe y es indulgente con el pecado, y en cuanto a su merecido castigo eterno se alza indignado ante la idea, y antes que admitirla niega al Dios que ha dicho que existe. El mundo piensa en el pecado como una suerte de imperfección, tal como una inconveniencia, mal gusto, o enfermedad. ¡Oh alma mía, considera cuidadosamente la gran diferencia entre el modo de ver de Dios Todopoderoso y el del mundo! ¿A cuál de los dos piensas creer?

3. Alma mía, ¿a cuál de las dos creerás, a la palabra de Dios o a la palabra del hombre? ¿Está Dios en lo correcto o la criatura? ¿Es el pecado el mayor de todos los males posibles o el menor? Señor y Salvador mío, no vacilo en cuál creer. Tú eres veraz y el hombre un mentiroso. Te creeré por encima de todo el mundo. Dios mío, imprime en mi corazón la certeza de la infame deformidad del pecado. Enséñame a aborrecerlo como una pestilencia, como una llama feroz que destruye por todos lados, como mi muerte. Haz que tome las armas contra él y me dedique a luchar bajo Tu bandera para vencerlo.

V LA ATROCIDAD DEL PECADO

1. Señor mío, sé bien que Tú eres totalmente perfecto y no necesitas nada.

Pero sé que has asumido la naturaleza del hombre, y no sólo eso, sino que en esa naturaleza viniste a la tierra, sufriste toda suerte de males y moriste. Esta es una historia que ha vestido los cielos de saco y ceniza, llevándose de esta tierra, hermosa como es, su luz y gloria. ¡Tú viniste, oh mi amado Señor, y sufriste no de manera común sino con tormentos inauditos y extremos! El Santísimo Señor sufrió los peores y más variados dolores. Esta es la verdad angular del Evangelio: es el único fundamento, Cristo Jesús y éste crucificado. Lo sé, Señor, lo creo, y lo pongo firmemente ante mí.

2. ¿Porqué es esto una extraña anomalía frente a la naturaleza? ¿Hace Dios las cosas para nada? No, alma mía, es el pecado, es tu pecado que ha hecho descender a la tierra al Eterno para sufrir. De aquí aprendo qué gran mal es el pecado. La muerte del Infinito es su sola medida. Toda esa lenta aflicción del cuerpo y de la mente que soportó desde el momento que sudó sangre en Getsemaní hasta Su muerte, todo ese dolor vino del pecado. ¡Qué suerte de mal es ese que tiene que encontrarse con semejante sacrificio y ser revertido a semejante precio! Aquí entiendo mejor, entonces, qué horrible cosa es el pecado. Es horrible porque por él han venido sobre los hombres todos esos males, cualesquiera sean, que abundan en la tierra. Es más horrible porque ha clavado al Hijo de Dios al árbol maldito.

3. ¡Amado Señor y Salvador mío, cómo puedo no dar importancia a lo que ha tenido semejantes consecuencias! De hoy en más, con Tu gracia, quiero tener una manera más profunda de ver el pecado que antes. Los tontos hacen bromas con el pecado, pero yo quiero ver las cosas en su verdadera luz. Señor mío sufriente, yo te hice

sufrir. ¡Eres hermosísimo en Tu eterna naturaleza, Señor mío, eres hermosísimo en Tus sufrimientos! Tus adorables atributos no se oscurecen sino que se acrecientan cuando contemplamos Tu humillación. Eres más bello para nosotros que antes. Pero aún así nunca olvidaré que fue el pecado del hombre, mi pecado, el que hizo esa humillación necesaria. *Amor meus crucifixus est*, "mi Amor está crucificado", pero no por otro más que yo. Te he crucificado; mi pecado te ha crucificado. Oh Salvador mío, qué pensamiento espantoso. Pero no puedo anularlo. Todo lo que puedo hacer es odiar eso que te hizo sufrir. ¿Haré por lo menos eso? ¿Amaré a mi Señor tanto como para odiar lo que es tan gran enemigo Suyo y cortar toda relación con ello? ¿Dejaré el pecado enteramente? Por el gran amor que me tienes, Señor, enséñame y hazme capaz de hacerlo. Dame un profundo, arraigado e intenso odio al pecado.

VI LA ESCLAVITUD DEL PECADO

1. ¡Tú, oh mi Dios y Señor, Tú solo eres fuerte, Tú solo eres santo! Tú eres el *Sanctus Deus, Sanctus fortis*. "Dios santo, santo y fuerte". Tú eres la santidad y la fuerza de todas las cosas. Ninguna naturaleza creada se sostiene o subsiste por sí misma, sino que se desmorona y desaparece si Tú no estás en ella para sustentarla. Dios mío, Tú eres la fuerza de los ángeles, de los santos en la gloria, de los hombres santos en la tierra. Nadie tiene ninguna santidad o fuerza apartado de Ti. Dios mío, deseo adorar-te como tal. Deseo con todo mi corazón comprender y confesar esta gran verdad: que Tú no sólo eres Todopoderoso sino que no existe ningún poder o fuerza en absoluto y en ninguna parte sino en Ti.

2. Dios mío, si Tú eres la fuerza de todos los espíritus, ¡de qué modo tan preeminente eres mi fuerza! ¡Cuán verdad es, más que ninguna otra, que no tengo fuerza alguna sino en Ti! Siento íntimamente, oh Dios mío, que dejado a mí mismo voy mal. Tan cierto como la piedra que caerá a tierra si se la deja, caerá mi corazón y mi espíritu sin esperanza si Tú los dejas. Me tienes que sostener con Tu mano derecha o no podré resistir. Qué extraño es, pero cuán verdadero, que todas mis tendencias naturales son hacia la pereza, hacia el exceso, hacia el abandono de la religión, el descuido de la oración, el amor del mundo, no hacia el amor a Ti, o el amor a la santidad o al dominio de sí. Apruebo y alabo lo que no hago. Mi corazón corre tras las vanidades y tiendo hacia la muerte, hacia la corrupción y disolución, apartado de Ti, *Deus immortalis*.

3. Dios mío, he tenido experiencia suficiente de cuán horrenda esclavitud es el pecado. Si estás ausente, descubro que no puedo mantenerme aunque quiera, y estoy en manos de mi propia voluntad, orgullo, sensualidad y egoísmo, que prevalecen en mí cada día más, hasta que son irresistibles. A su tiempo el viejo Adán se hace tan fuerte dentro mío que llego a ser un mero esclavo. Afirmo que hay cosas que son malas y sin embargo las hago. Lamento amargamente mi esclavitud pero no puedo evitarla. ¡Oh, que tiranía es el pecado! Es un gran peso que me paraliza. ¿Cuándo se acabará? ¡Por Tus preciosísimos méritos y Tu poder infinito, Te pido Señor mío que me des vida, santidad y fuerza! *Deus sanctus* dame la santidad, *Deus fortis* dame la fortaleza, *Deus immortalis* dame la perseverancia. *Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus immortalis, miserere nobis*.

VII

CADA PECADO TIENE SU CASTIGO

1. Tú eres el Dios que todo lo ve y todo lo sabe. Tus ojos, Señor, están en todas partes. Eres un espectador real de todo lo que ocurre en todo lugar. Estás incluso conmigo. Estás presente y eres conciente de todo lo que pienso, digo o hago. *Tu Deus qui vidisti me*, "Tú, Dios, que me has visto". Cada hecho o acción, aunque sea de poca importancia, cada palabra, aunque sea rápida y casual, cada pensamiento de mi corazón, aunque sea secreto, momentáneo u olvidado, Tú lo ves, Señor, lo ves y lo anotas. Tú tienes un libro, y registras en él cada día de mi vida. Yo olvido, Tú no. Está acumulada la historia de todos mis años pasados y así será hasta que muera. Las hojas se llenarán y se las dará vuelta, y al fin el libro terminará. *Quo ibo a Spiritu tuo*, "¿adónde iré lejos de Tu Espíritu?" Estoy en Tus manos, Señor, absolutamente.

2. ¡Dios mío, cuán a menudo actúo erradamente, y cuán rara vez correctamente! ¡Qué monótonos son en general los actos de cada día! Todos mis pecados, ofensas y negligencias, no las de un solo día sino las de todos los días, están en Tu libro. Y cada pecado, ofensa y negligencia tiene un castigo definido y distinto. Esa lista de penalidades crece cada día, silenciosa pero seguramente. Así como el derrochador es aplastado por el peso de la deuda que se hace continuamente más grande, así estoy expuesto continuamente a una cantidad

cada vez mayor de castigos catalogados contra mí. *Olvido* los pecados de mi niñez, de mi adolescencia y de mi juventud. Están todos registrados en ese libro. *Allí* está la historia completa de toda mi vida, y un día saldrán a relucir contra mí. Nada está perdido, todo es recordado. ¡Oh, alma mía, por cuánto tienes que pasar! ¡Qué examen será y qué resultado! Tendré que cargar con el castigo de diez mil pecados, y seré enviado al Purgatorio por ello. ¿Cuánto durará? ¿Cuándo saldré? No hasta que haya pagado el último penique. ¿Y cuándo será esto posible?

3. ¡Oh mi amado Señor, ten misericordia de mí! Confío en que hayas perdonado mis pecados, pero el castigo permanece. En medio de Tu amor por mí y reconociéndome como Tuyo, me enviarás al Purgatorio. Allí examinaré una vez más mis pecados, en su castigo. Allí sufriré, pero aquí es el tiempo para un arrepentimiento cabal. Aquí es el tiempo de las obras buenas, de obtener indulgencias, de cancelar la deuda de todas las maneras posibles. Tus santos, aunque a los ojos de los hombres no tienen pecado, tienen realmente una cuenta enorme, y la saldan aquí con continuas aflicciones. Yo no tengo ni sus méritos ni sus sufrimientos. No sé si puedo hacer actos de amor tales como para ganar una indulgencia por mis pecados. La perspectiva frente a mí es oscura. Sólo puedo descansar en Tu infinita compasión. ¡Oh mi amado Señor, que me has demostrado Tu misericordia de tan diversas maneras, ten piedad de mi aquí! Sé misericordioso en medio de la justicia.

Parochial and Plain Sermons, Vol. IV, 1, pp.1-17
 Predicado en St. Mary, Oxford, el 9 de julio de 1837

La ley de Cristo es estricta

"Liberados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia"
 (Rom 6,18)

En el pasaje del cual forman parte estas palabras, San Pablo insiste una y otra vez sobre la gran verdad que afirman: los cristianos no se pertenecen sino que están comprados con un precio, y al ser así, han venido a ser siervos, más aún, esclavos de Dios y de Su justicia, y por encima de haber sido rescatados del estado de naturaleza. El gran Apóstol no se contenta con decir la verdad a medias, no dice meramente que estamos liberados de la culpa y la miseria, sino que añade que hemos llegado a ser los siervos de Cristo, más aún, usa una palabra que propiamente significa *esclavos*. Los esclavos se compran y venden. Nosotros éramos por naturaleza esclavos del pecado y de Satanás. Somos comprados por la sangre de Cristo: no hemos cesado de ser esclavos. No pertenecemos más, por cierto, a nuestro antiguo amo, pero tenemos un amo, a menos que al ser comprados esclavos vengamos a ser hombres libres. Somos aún esclavos, pero de un nuevo amo, y ese amo es Cristo. No nos ha comprado y luego soltado en el mundo, sino que ha hecho por nosotros lo que solamente podía completar Su primer beneficio: nos ha comprado para ser Sus siervos o esclavos. Nos ha dado esa sola libertad que es realmente tal, vínculo de servicio a Él, para que no volviéramos a caer en la cruel esclavitud de la que nos redimió, como ciertamente pasaría si nos dejara a merced de nosotros mismos. Pero

de todos modos, cualesquiera sean las consecuencias que se sigan, las ventajas, las pruebas, no cesamos de ser esclavos al ser liberados de Satanás. Sino que estamos sujetos a un nuevo Amo, a Aquel que nos compró.

Es necesario insistir en esto, pues muchas personas que no dejan de confesar que son esclavas por naturaleza, por alguna causa u otra han aprendido a pensar que no están ligados a ningún servicio real ahora que Cristo los ha liberado. Ahora bien, si por la palabra *esclavitud* se entiende algún estado de sufrimiento cruel y miserable, como suelen infligir en sus esclavos los amos humanos, ciertamente que en ese sentido los cristianos no son esclavos, y la palabra está impropriamente aplicada a ellos. Pero si por esclavos se entiende que no podemos desechar nuestro servicio, cambiar nuestro lugar, y hacer lo que queremos, en ese sentido es literalmente verdad que somos más que siervos de Cristo, somos esclavos, como realmente dice el texto. Los hombres hablan a menudo como si la perfección de la felicidad humana estuviera en ser libres de hacer o no hacer, de elegir o rechazar. Ciertamente somos libres de este modo en cuanto que si no elegimos ser siervos de Cristo volvemos para atrás a esa vieja esclavitud de la cual Él nos ha rescatado, a ser nuevamente esclavos de los poderes del mal. Pero

si bien somos libres de empeorar nuestra situación, no somos libres de estar sin alguna clase de servicio o empleo. No está en la naturaleza del hombre estar fuera de todo servicio y ser autodependiente. Podemos elegir a nuestro amo, pero debemos servir a Dios o a mamón. Nos es imposible quedar en un estado neutral o intermedio. Tal estado no existe. Si no queremos ser siervos de Cristo lo somos al instante de Satanás, y Cristo nos ha liberado de Satanás sólo para hacernos Sus siervos. El reino de Satanás linda con el de Cristo, el mundo con la Iglesia, y nosotros dejamos de ser propiedad de Satanás al llegar a ser propiedad de Cristo. No podemos estar sin amo; tal es la ley de nuestra naturaleza. Sin embargo, como he dicho, algunas personas pasan por alto esto y piensan que su libertad cristiana consiste en ser libres de toda ley, aún de la ley de Dios. Tal error parece haber existido en los tiempos de San Pablo, y es señalado en el capítulo que nos ocupa. Los hombres parecen haber pensado que como la ley del pecado fue anulada, y los terrores de la ley de la naturaleza removidos, entonces no estaban en absoluto bajo ninguna ley, que su propia voluntad era su ley, y que la fe se colocaba en vez de la obediencia. Oponiéndose a este error, San Pablo recuerda en el texto a sus hermanos que cuando “fueron liberados del *pecado*, llegaron a ser siervos de la *justicia*”. Y también dice, “el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley”, es decir, la ley de la naturaleza, “sino bajo la gracia”, o (como dice en otro lugar), “la ley de la fe”, o “la ley del Espíritu de vida”. No estaban sin amo, sino que tenían uno bueno y generoso.

Dice lo mismo en otras Cartas, por ejemplo, “el que era libre cuando recibió la

llamada” (es decir, libre en lo que respecta a este mundo), “es un siervo de Cristo” o esclavo. “Habéis sido bien comprados. No os hagáis esclavos de los *hombres*” (1 Cor 7, 22.23), es decir, sed esclavos de Cristo. Después de decir, “esclavos, obedeced en todo a vuestros amos de este mundo”, agrega, “pues el Amo a quien servís es Cristo” (Col 3, 22.24). En otro lugar habla de sí mismo como “Pablo, siervo”, o esclavo, como el mundo entiende realmente, “de Cristo Jesús” (Rom 1, 1), y también “no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo” (1 Cor 9, 21).

Entonces, la religión es un servicio necesario. Es un privilegio también, por supuesto, pero llega a ser cada vez más un privilegio cuanto más nos ejercitamos en ella. El estado cristiano perfecto es aquel en el cual nuestro deber y nuestro placer son lo mismo, cuando lo que es bueno y verdadero es natural a nosotros, y “es perfecta libertad el servicio” de Dios. Y este es el estado hacia el cual todos los verdaderos cristianos tienden, es el estado en el cual se encuentran los ángeles, en el que la entera sujeción a Dios en el pensamiento y el obrar es su felicidad, en el que una completa y absoluta cautividad de su voluntad a la Suya es su plenitud de gozo y vida eterna. Pero no es así con lo mejor de nosotros, excepto en parte. Ciertamente, por nuestra regeneración tenemos una semilla de verdad y santidad sembrada en nosotros, una nueva ley introducida en nuestra naturaleza, pero aún tenemos que dominar esa vieja naturaleza, “el hombre viejo, que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias” (Ef 4, 22). Esto es, tenemos un trabajo, un conflicto a través de toda la vida. Tenemos que dominar y someter todo lo que somos, todo lo que hacemos, expulsando todo desorden e insu-

bordinación, enseñando y señalando a cada parte de nosotros, alma y cuerpo, su debido lugar y obligación, hasta que seamos totalmente de Cristo en la voluntad, los afectos y la razón, como lo somos por confesión. En palabras de San Pablo, “deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo” (2 Cor 10, 5).

Ahora bien, debe parecer que he estado diciendo lo que todos quieren confesar en seguida. Y sin embargo, después de todo, nada es quizás más raro entre aquellos que profesan ser cristianos, como un asentimiento en la práctica a la doctrina de que están bajo la ley. Nada es tan raro como la estricta obediencia, la sumisión sin reservas a la voluntad de Dios, la conciencia uniforme en cumplir con su deber, como unos pocos ejemplos lo mostrarán en seguida.

Muchos cristianos aceptarán en términos generales que están bajo una ley, pero después la admiten con reserva, clamando para ellos algún poder para dispensar su observancia. Lo que estoy diciendo es bastante independiente de la pregunta ¿cuál es el *nivel* de obediencia que cada hombre se propone? Uno pone la línea de su deber más alto que otro. Algunos hombres tienen una concepción reducida del mismo, confinándolo a una mera moralidad personal. Otros lo confinan a sus obligaciones sociales. Otros lo limitan por alguna ley convencional que es aceptada en clases o círculos particulares. Otros incluyen las observancias religiosas. Pero ya sea que los hombres tengan una concepción de la ley alta o reducida, amplia o estrecha, hay pocos que hacen de ella una regla para sí mismos, pocos que se aten a su noción de la

misma, cualquiera sea, pocos los que siquiera profesen actuar de acuerdo a ella uniforme y consistentemente. Inquirid a la multitud de los hombres tal como los encontráis en el mundo y hallaréis que todos consideran aceptable ponerse bajo la ley a veces, aún de acuerdo a su propio nivel, hacer excepciones y reservas como si fueran soberanos absolutos de su conciencia y tuvieran poder de dispensar en ocasiones.

¿Cuál es el tipo de hombre a quien el mundo considera respetable y religioso en un alto o bajo nivel? En el mejor de los casos es tal como éste. Tiene un número de buenas cualidades en su carácter, pero algunas son por naturaleza, y si otras han sido adquiridas con trabajo es o porque ha habido circunstancias externas que le han exigido adquirirlas o porque ha tenido por naturaleza algún principio activo dentro suyo, de la clase que sea, que ha obrado de suyo y arrastrado a otros, gobernándole. Ha adquirido un cierto dominio de sí porque nadie es estimado sin ello. Se ha visto forzado a tener hábitos de diligencia, puntualidad, precisión y honestidad. Es cortés y atento, y ha aprendido a no decir todo lo que piensa o siente, a no hacer todo lo que quiere en toda ocasión. El grueso de los hombres están lejos, por supuesto, de poseer tantas cosas verdaderamente dignas de elogio como estas, pero estoy suponiendo el mejor de los casos, es decir, que el carácter y la situación de un hombre sea tales que sólo de vez en cuando sienta inclinación o interés de oponerse a su deber. Semejantes momentos constituyen su prueba, no hay nada que le impida servir a Dios de modo ordinario, pero la prueba de su sinceridad está en la conducta que tenga en esas ocasiones extraordinarias. Este es el punto al que quiero prestar atención, pues estas mis-

mas ocasiones, que son sus únicos momentos de prueba, son precisamente en las cuales puede considerar que tiene permiso para dispensarse de la ley. Se dispensa de ella en esos mismos momentos en que es simplemente la ley de Dios, sin ser también la ley de sí mismo y del mundo. Hace lo que está bien mientras el camino de la religión recorre el camino del mundo. Cuando se separan algún tiempo, elige el mundo, y llama excepción a su elección. Hace lo que está bien noventa y nueve días pero en el centésimo día hace el mal a sabiendas y voluntariamente, y aunque no se justifique al menos se absuelve a sí mismo.

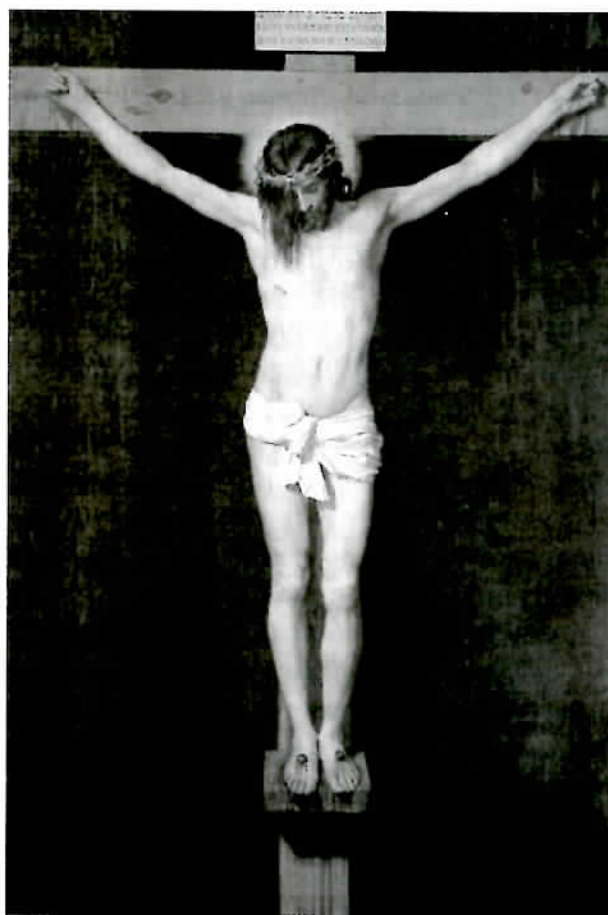
Por ejemplo, viene *generalmente* a la iglesia, es su *práctica*, pero algún negocio urgente lo presiona a cierta hora, o lo tienta algún plan placentero, y no viene. Sabe que está mal, y lo dice, pero, al fin de cuentas, es sólo una vez. O bien, es estrictamente honesto en sus acciones, dice la verdad, es decir, es su norma hacerlo, pero si lo presiona algo penoso se permite de vez en cuando una mentira, particularmente si es una leve. Sabe que no debería mentir, lo confiesa, pero piensa que no hay más remedio, que es inevitable en ciertas circunstancias por ser el único modo que tiene de escapar de alguna gran dificultad. En *semejante* caso, como dice, todo está bien, y entonces a terminar de una vez. Es decir, en el caso en que debe o desobedecer a Dios o incurrir en alguna desventaja temporal. O bien, ha aprendido a frenar su temperamento y su lengua, pero ante alguna provocación inusual, se logra de él lo mejor. Se enoja, dice lo que no debería, quizás maldice y blasfema. ¿No están todos los hombres sujetos a sobrepasarse con enojos y mal carácter? Pero ese no es el punto. El punto es este: que él no siente compunción después,

no siente que haya hecho nada que necesite perdón. Al contrario, se defiende ante sí mismo, con el pretexto de que tal lenguaje es muy *inusual* en él. No comprende que está bajo la ley, que no puede ponerse por encima, que no puede dispensarse. O bien, es sobrio y templado en general, pero se encuentra en una fiesta de amigos y está alegre, y está tentado a excederse. Al día siguiente dice que hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así, que no es su forma de ser en absoluto, que apenas toma vino o cosas por el estilo cuando está acompañado. No entiende que tenga algún pecado de que arrepentirse porque, al fin de cuentas, es sólo una vez.

Y ahora, supongo que vosotros entendéis lo que quiero decir, y no necesito decir más para explicar. Tales hombres que son indulgentes consigo mismos lo son unos con otros, y hacen concesiones con todos los que los rodean, tomando lo que dan libremente. Este es el secreto de ser amigos del mundo, de tener simpatía y participación en sus pecados. Los que son estrictos consigo mismos lo son con el mundo, pero cuando los hombres se conceden cierta licencia para desobedecer no ponen el límite muy rígidamente en los demás. Concientes de lo que debería decirse contra ellos, son cautelosos en lo que dicen de otros, y se encuentran con ellos en base a un entendimiento de mutua tolerancia. Aprenden a decir que los hábitos privados de sus vecinos no les conciernen, y mantienen relación con ellos sólo como hombres públicos, o miembros de la sociedad, o por razón de negocios, en absoluto como seres responsables que tienen almas inmortales. No desean ver ni saber nada sino lo que está en la superficie, y llaman sagrada a la historia personal de un hombre porque es pecaminosa. A sus ojos,

el único deber para con su vecino es no ofenderle. No le importa cual sea su moral, ni su credo. Así son en la madurez y adultez de la vida. En la juventud son flexibles e indulgentes, están prontos para aprobar los caminos del mundo en la medida en que ellos mismos los transitan. Son y se precian de ser agradables, de buen humor y sociables. No tienen malos principios ni están mal dispuestos ni son flagrantemente irregulares, pero son laxos. No viven según una norma en ningún sentido. Tienen elevados espíritus y toda la afabilidad natural que la juventud tiene que mostrar, y en general van bien, pero como no tienen raíz en sí mismos, cualquier accidente dentro o fuera, la agitación de una pasión o la incitación de un amigo, los desvía bruscamente al instante. Se desvían y tienen poca compunción después, se olvidan. Retroceden ante la idea de estar bajo la ley y piensan que la religión pesimista la impone. Les gusta su propio camino, y sin ningún gran pecado extremo, o al menos ningún hábito de pecado, lo siguen. Son ordenados y se comportan bien cuando están entre gente que lo hace, por ejemplo en el hogar, pero son indulgentes fuera cuando la tentación les aparece en el camino. Tienen el mundo a voluntad, son libres, ¡oh qué melancólica libertad!, pero libertad en cierto sentido.

Un hombre religioso debe apartar sus ojos de lo que inflame su corazón, recordando la advertencia de nuestro Salvador, pero un hombre de mundo piensa que no hay ningún mal en mirar donde no debería porque no va más allá. Un hombre religioso vigila sus palabras, pero el otro profiere lo que le incita su corazón y se excusa del lenguaje profano con el argumento de que no quiere decir nada. Un hombre religioso tendrá escrúpulos acerca



Cristo crucificado (cuadro de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez).

de su sociedad, pero el otro toma parte en bromas y excesos, condenándolos mientras los comparte, pero no a sí mismo por tomar parte, y despreciando a aquellos con quienes los comparte. Puede ver la vida, como se dice. Puede estar entre todo tipo de gente pues no tiene ningún ceremonial molesto, ninguna regla religiosa que le ponga trabas. Quizá viaja al exterior y entonces por un tiempo se considere como disfrazado, como persona desconocida en países desconocidos, y se permita adherir a todo lo bueno y lo malo, tal como venga. O bien, su situación puede ser tal que se halle ocupado en lo que llaman política, y

entonces piensa que aunque la verdad y la religión son ciertamente imponentes e importantísimas, el mundo no puede ir adelante, los negocios públicos estarían parados, los partidos políticos serían incapaces de actuar, todo lo que él realmente ama y venera llegaría a ser un asunto secundario, si la religión rehusara ceder aún en tan poca cosa en todo momento. Un hombre religioso se conduce según su religión durante el día, pero las personas laxas harán en privado muchas cosas que no desearían que se sepan. Se extralimitarán, si pueden hacerlo sin ruido. Romperán compromisos cuando se trata de un inferior. Serán curiosos y entrometidos si tienen tiempo, hablarán contra otros y difundirán escándalos. Se meterán en cosas que no les conciernen, de acuerdo a su situación en la vida. Escucharán donde no tienen derecho a escuchar. Leerán lo que no tienen derecho a leer. Se permitirán pequeños robos donde piensan que no hacen daño, excusándose sobre la base de que nunca se notará la falta de lo que toman. En asuntos de comercio, piensan que cierto grado de juego doble es admisible y no deshonesto. Argumentan consigo mismos como si su negocio no debiera ser verdadero y justo, sino asunto de los otros informarse que lo sea, y como si el fraude y la trampa no implicaran pecado en una de las partes, sino torpeza en la otra. Piensan que no hay perjuicio en asumir una apariencia de vida humilde, en profesar lo que no es estrictamente verdadero si van a ganar algo con ello, en colorear una historia, o fingir ser más religioso de lo que son, o pretender estar de acuerdo en religión con personas de las que esperan algo, o empezar a practicar una religión si es de su interés hacerlo, o profesar dos o tres religiones al mismo tiempo cuando se debe dar alguna limosna u otro beneficio.

Estos pocos rasgos, tomados entre muchísimos otros, definen una religión fácil, la religión del mundo, que compararía la suerte de la verdad cristiana si no fuera tan verdaderamente estricta, y disputa con ella y sus defensores, no porque no sea buena y recta, sino porque es tan inflexible, porque no se acomoda a momentos y emergencias y a las aficiones y gustos privados y ocasionales de los individuos. Esta es la clase de religión de la cual San Pablo virtualmente nos previene a menudo cuando habla del Evangelio como una ley y servidumbre reales. Ciertamente se gloria en que sea así, pues así como la felicidad de todas las criaturas reside en realizar bien la parte que les toca allí donde Dios las ha puesto, así el bien más grande del hombre reside en obedecer a la ley de Dios y en imitar las perfecciones de Dios. Pero el Apóstol sabía que el mundo no pensaría así, y por eso insistió. Por esta razón insiste en la necesidad de “cumplir la justicia de la ley” (Rom 8, 4), cumpliéndola porque hasta que no aspiremos a obedecer en todas las cosas completamente y sin reservas no seremos del todo verdaderamente cristianos. De aquí que Santiago diga que “quien observa toda la Ley pero falta en un solo precepto se hace reo de todos” (St 2, 10). Y nuestro Salvador nos asegura que “el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos” y que “si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos”, que era parcial y circunscripta, “no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 5, 19-20). Y cuando el joven se acercó a Él diciendo que había guardado todos los mandamientos y preguntando qué le faltaba, Él le señaló “una cosa” que se le pedía, al no completar su obediencia en esta sola cosa, yéndose triste, como si toda su

obediencia en otros puntos de nada le sirviera, Cristo agregó, “¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!” (Mc 10, 20-23).

No nos engañemos, pues, a nosotros mismos. Lo que Dios pide de nosotros es cumplir Su ley, o al menos aspirar a cumplirla, no contentarnos con menos que la perfecta obediencia, intentar todo, valernos de los auxilios que se nos dan, y arrojarnos en la misericordia de Dios por nuestros defectos, no al principio sino después. Sé que esta es una doctrina sobrecogedora cuando se la escucha por primera vez, y tanta repugnancia sienten nuestros corazones que algunos hombres intentan incluso sostener que es una doctrina no cristiana. Un recurso abandonado, por cierto, con la Biblia refiriéndose al mismo en sus afirmaciones sobre la puerta estrecha y la senda angosta. Aunque los hombres de buena gana se acogerían a él si pudieran, arguyen que toda aplicación de la religión como servicio de obligación es erróneo, o legal, como lo llaman, y que ninguna observancia es buena sino la que procede del impulso, o de lo que llaman corazón. De buena gana aprobarían que la ley no nos ata porque Cristo la ha cumplido, porque, como es el caso, la fe sería aceptada en vez de la obediencia en aquellos que no hayan tenido todavía tiempo de comenzar a cumplirla.

Tales personas apelan a la Escritura y deben ser refutadas desde la Escritura, lo cual no es difícil, pero la multitud de los hombres no se hace mucho problema sobre el asunto. En vez de profesar, descubrir lo que Dios ha dicho, toman lo que llaman un punto de vista de sentido común. Mantienen que es imposible que la religión sea realmente tan estricta de acuerdo al designio de

Dios. Condenan la idea como fatigosa y hosca. Profesan admirar y tener gusto por la religión en conjunto, pero piensan que no debería innecesariamente ejercer presión en detalles, o, como dicen, ir demasiado lejos. Protestan sólo de su particularidad, si puedo usar esta palabra, o su deseo de indulgencia y consideración en cosas pequeñas, en otras palabras, quieren religión antes de tener experiencia de ella, en perspectiva, a distancia, *hasta* que tengan que ser religiosos. Les gusta hablar de ella, les gusta ver hombres religiosos, piensan que es muy recomendable e importante, pero no les gusta la religión que directamente les hace dar cuenta de cosas concretas de cualquier clase. Les basta haberla visto y alabarla. La sienten una carga cuando la sienten del todo, cuando los llama a hacer lo que de otro modo no hubieran hecho.

En una palabra, el estado de las multitudes es este: sus corazones van por el camino equivocado, y su queja real con la religión, si se conocen a sí mismos, no es que sea estricta, o absorbente, o imperativa, ni que vaya demasiado lejos, sino que *es* religión. Es religión en sí lo que por naturaleza nos disgusta a todos, no meramente el exceso. La naturaleza tiende a la tierra, y Dios está en el cielo. Si quiero viajar al norte y todos los caminos están trazados al este, protestaré por supuesto contra los caminos. No hallaré nada sino obstáculos, tendré que superar valles, cruzar ríos, y dar vueltas en torno, y fallar después de todo en mi meta. Tal es la conducta de los que no son suficientemente enérgicos para dedicarse a profesar la religión, y desean aún servir al mundo. Tratan de llegar a Babilonia por caminos que van hacia el monte Sión. ¿No veis que necesariamente se

encontrarán con estorbos, travesías, decepciones, y fracasos? Van milla tras milla, esperando ver en vano las torres de la ciudad de la Vanidad, porque están en el camino equivocado, y no queriendo reconocer lo que están buscando realmente, echan la culpa al camino como tortuoso y fatigoso. Acusan a la religión de interferir con lo que consideran sus inocentes placeres y deseos. Pero la religión es esclavitud sólo para aquellos que no tienen corazón para gustar de ella, que no se han vaciado en su molde.

De acuerdo a esto, en el versículo anterior al texto que comentamos, San Pablo da gracias a Dios de que sus hermanos hayan “obedecido de *corazón* a aquel *modelo* de doctrina al que fueron entregados” (Rom 6, 17). Nosotros, los cristianos, somos hechos según un cierto molde. En la medida en que permanezcamos dentro no nos daremos cuenta de que es un molde o tiene una forma. Es cuando nuestros corazones quieren desbordarse en alguna mala dirección cuando descubrimos que estamos limitados, y nos consideramos en prisión. Es la ley en nuestros miembros en lucha contra la ley del Espíritu que nos introduce en una esclavitud penosa. Veamos, pues, dónde estamos y lo que tenemos que hacer. El cielo no cambia. En Dios “no hay variación o sobra de cambio”. Su “palabra dura para siempre en los cielos”. Su ley es por los siglos de los siglos. *Nosotros* debemos cambiar. Nosotros debemos pasarnos del lado del cielo. Nunca un alma ha tenido verdadera felicidad si no es en conformidad con Dios, en obediencia a Su voluntad. Debemos llegar a ser lo que no somos, aprender a amar lo que no amamos, y entrenarnos en lo que es dificultoso. Debemos tener la ley del Espíritu de vida escrita y establecida en nuestros corazones, de

modo “que la justicia de la ley pueda ser cumplida en nosotros” y que podamos aprender a agradar y amar a Dios.

Por último, así como algunos hombres defienden su deseo de estrictez en lo que consideran la autoridad de la Escritura, y otros, la mayoría, tratan de persuadirse de que la religión no puede realmente ser estricta, cualesquiera sean las expresiones o afirmaciones fuertes que puedan hallarse en la Escritura, hay otros que toman una dirección más cándida pero más osada. En vez de dar excusas, como las que he considerado, admiten francamente el hecho y luego continúan recomendándolo como argumento válido contra la religión en conjunto. En vez de profesar que gustan de la religión *menos* su servicio, descaradamente objetan que la religión es en conjunto antinatural, y por lo tanto no puede ser de nuestra incumbencia. Dicen que está muy bien para sus ministros y maestros establecer una doctrina elevada, pero que los hombres son hombres, y que el mundo es el mundo, y que la vida no puede ser una carga, y que Dios nos envió aquí para gozar, y que Él nunca querrá castigarnos en el más allá por seguir la ley de nuestra naturaleza. Respondo que sin duda la vida debe ser para el gozo, pero ¿porqué no gozo en el Señor? Debemos seguir la ley de nuestra naturaleza, pero ¿porqué de nuestra vieja naturaleza y no de la nueva? Si estuviéramos ciertamente en el estado de nuestra primera naturaleza, bajo la culpa y la corrupción de nuestro nacimiento en pecado, entonces este argumento podría ser recomendado especiosamente, aunque, por supuesto, no concluyentemente. Pero ¿cómo se aplica a los cristianos? Ahora que Dios ha abierto las puertas de nuestra prisión y nos ha introducido en el Reino de Su Hijo, si los

hombres son aún hombres carnales, y el mundo es un mundo de pecado, y la vida de los ángeles una carga, y rige la ley de nuestra naturaleza y no la ley de Dios, ¿de quién es la culpa?

Los cristianos estamos ciertamente bajo la ley como otros hombres, pero, como ya he dicho, es la nueva ley, la ley del Espíritu de Cristo. Estamos bajo la gracia. Esa ley, que para la naturaleza es una esclavitud dolorosa, es para aquellos que viven bajo el poder la presencia de Dios lo que debe ser, regocijo. Entonces, cuando sentimos repugnancia de servir a Dios, cuando surgen pensamientos en nuestro interior como si Él fuera un duro Maestro, y Sus promesas no son suficientemente atractivas para compensar lo estricto de Sus mandamientos, recordemos que al ser cristianos no de la carne sino del Espíritu, y actuemos en base a esta convicción. Vayamos a Él en busca de la gracia. Busquemos Su rostro. Vengamos adonde Él da la gracia, a los medios de gracia en los que Cristo da Su Santo Espíritu para hacernos capaces de realizar eso que por naturaleza no podemos, y ser “esclavos de la justicia”. Aquellos que piden Su ayuda sal-

vadora para cambiar sus simpatías y antipatías, sus gustos, sus puntos de vista, sus deseos, sus corazones, no obtendrán ciertamente todo lo que buscan de inmediato, no lo obtendrán ya pidiéndolo, no *verán* que lo obtienen hasta que lo obtengan. Pero si vienen a Él continuamente, día tras día, si vienen humildemente, si vienen con fe, no como prueba de cuánto gustarán del servicio de Dios, sino arrojando, tanto como sea posible, todo su corazón y toda su alma en el cumplimiento de sus deberes como un sacrificio a Él, si vienen no buscando un signo sino determinados a continuar buscándole, honrándole, sirviéndole, confiando en Él, ya vean o no la luz, sientan o no consuelo, discernan o no su crecimiento, tales hombres *obtendrán* aunque no lo sepan, encontrarán mientras todavía estén buscando, y antes que llamen Él les responderá y se encontrarán salvados al fin maravillosamente, para su sorpresa, no saben cómo, y cuándo sus coronas parecían aún distantes. Dice el profeta: “A los que esperan en el Señor, Él les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse” (Is 40, 31).

John Henry Newman: Historical Sketches, Vol. II

Los desafíos de Teodoreto

(1ª parte)

TRADUCCIÓN
INÉS DE CASSAGNE
JORGE FERRO

En la primera parte de este ensayo, John Henry Newman –aún anglicano– estudia y sopesa la autenticidad y el alcance de los milagros y de lo maravilloso ante un auditorio incrédulo. Trae el testimonio de un autor –Teodoreto– contemporáneo de los monjes de Siria que obraron esos hechos “increíbles” en el siglo V, y valora tanto más a este testigo por haber sido formado en la escuela más exigentemente crítica de la época –la de Antioquía–.

I SU NACIMIENTO Y EDUCACIÓN

1. La buena suerte de Crisóstomo fue vivir en un período de calma entre las furiosas tempestades doctrinales que de tanto en tanto barrían la faz de la temprana Cristiandad; en cambio Teodoreto tuvo la mala suerte de pasar su vida bajo muy salvajes tormentas. En consecuencia, mientras que Crisóstomo es tenido universalmente por un santo, Teodoreto carga con la responsabilidad de actos que lo han privado de esta dignidad ecuménica. Cometió errores de juicio –como hasta algunos papas los cometieron– pero sin caer en ninguna

herejía –como tampoco esos papas–. En la gran controversia de su tiempo fue arrastrado por sentimientos personales, partidarios, nacionales; fue empero un gran obispo y un gran escritor. Sí, un obispo grande y santo; nada hay en su vida que nos impida decir que fue un santo tan genuino como los que figuran en el calendario. A Teodoreto en verdad no le falta un título honorífico en la hagiografía de la Iglesia, pues siempre se lo conoció como el “bienaventurado Teodoreto”. Al menos tiene en común con Crisóstomo el haber sido desposeído de su sede episcopal por un concilio, el haber apelado ambos a la Santa Sede, y el que ambos fueron justificados y les fueron restituidas sus dignidades eclesiásticas.

Teodoreto tiene aún una mayor semejanza con el gran Juan Crisóstomo. No es sólo en las líneas generales de su historia que pueden ponerse en paralelo, sino también en las circunstancias. Los dos eran nativos de Antioquía; ambos fueron discípulos de la escuela exegética siríaca; y ambos del mismo partido eclesiástico. Los dos comentaron ampliamente la Sagrada Escritura ilustrando su sentido literal: siendo Teodoreto más erudito y versátil que Crisós-

tomo, y Crisóstomo de tono más ardiente y de lenguaje más elocuente que Teodoreto. Teodoreto era de la generación siguiente a la de Crisóstomo: tenía cinco años cuando Crisóstomo dejó Antioquía para ocupar el trono patriarcal de Constantinopla, y no más de catorce cuando Crisóstomo murió mártir en Comana.

Los contemporáneos de Teodoreto en Antioquía eran Juan y Nestorio —Juan, que luego fue obispo de esta ciudad y patriarca de Oriente; y Nestorio que, para su propia calamidad y para mayor calamidad de la Iglesia, fue patriarca de Constantinopla—. Teodoreto llegó a aliarse al primero, al menos por causa de lazos de familiaridad y por las simpatías de una educación común. Sin olvidar que se alió también a Teodoro —Teodoro, el gran comentarista, como se lo llamaba, y amigo de san Juan Crisóstomo—, si bien de Teodoro quedó un mal recuerdo en la Iglesia, lo mismo que de Nestorio. Sin embargo, no debemos clasificar a Teodoro con Nestorio, hereje plenamente consciente de serlo, ya que en vida de Teodoro, ni él ni otros, llegaron a comprender o vislumbrar la dirección y el fin de su enseñanza —sólo la prueba de los años trajo luz sobre ello—.

2. Con respecto al padre de Teodoreto nos basta saber que era cristiano y piadoso. Su madre igual, siempre tuvo un vigoroso sentido religioso, aunque durante un tiempo vivió para el mundo, como la mayoría lo hace también actualmente. Después de varios años de casada, se volvió a Dios bajo la prueba de decepciones y de sufrimientos corporales. Parece que era mujer de fortuna, habiendo heredado tierras en los alrededores de Antioquía. Se había casado a los diecisiete años, y, como mujer rica y bonita, se vestía bien y usaba



San Juan Crisóstomo.

cosméticos. Así transcurrieron seis años, sin hijos; ésta fue su primera pena, al decir de su marido; y la segunda fue una enfermedad en los ojos para la que no encontraba remedio. En su angustia recurrió a un Poder más alto, por intermedio de Sus servidores.

Por entonces había en Antioquía un santo monje llamado Pedro, de origen gálatas, quien, mediante el signo de la Cruz,

había curado los ojos de una dama importante, la mujer del prefecto de Oriente. A él se dirigió entonces la madre de Teodoreto, pero sin reflexionar que la seda, las joyas y otros accesorios de moda no eran adecuados para una suplicante. Lo que primero vio en ella el santo monje fue la enfermedad de su alma, no la de los ojos, vio la pintura en sus mejillas, y encaró en seguida su principal miseria. “Dios hizo lo que tú eres” –le dijo– “y tú piensas embellecer su obra. Te ha puesto un blanco y un rosa naturales en el rostro, y tú embadurnas con pigmentos las líneas y los tintes con que te ha adornado el Divino Maestro. ¿Crees que un artista humano estaría satisfecho si un pintor rudo se pusiera a restaurar y limpiar su obra de arte? Sin embargo, estás profanando la obra de arte de Dios, peor, Su verdadera Imagen, al agregarle una belleza adúltera –y digo adúltera pues ¿para qué te pintas la cara, sino para atraer las miradas de los hombres?” (*Philoth.*, p. 1118, ed. Schulze).

La señora aceptó el reproche, como mujer religiosa que era. Después él hizo la señal de la cruz sobre ella, quien entonces volvió a casa curada en el alma y en el cuerpo, y empezó a vivir austeramente.

3. Liberada de una cruz, le quedaba otra –aún no tenía hijos–. Su marido suplicó a los santos eremitas que estaban cerca de Antioquía para obtener el beneficio de sus plegarias, pero en vano: pasaron algunos tristes años todavía –al menos siete– sin que ella obtuviese el deseo de su corazón. Hasta que uno de esos monjes, llamado Macedonio, le aseguró que su oración sería escuchada si, a ejemplo de la madre de Samuel, consagraba su hijo al servicio

inmediato de Dios. “Debes darlo al que te lo dará” –le dijo. Ella aceptó y al bautizarlo lo llamó “Teodoreto”, que significa “don de Dios”, y lo educó bajo la supervisión, los ejemplos y las oraciones de esos dos santos benefactores, Pedro y Macedonio.

Una vez por semana el niño era llevado junto a Pedro para recibir su bendición. “Frecuentemente –dice Teodoreto– Pedro me sentaba en sus rodillas y me daba a comer uvas secas y pan”. “Tú eres el hijo de muchas oraciones –le decía Macedonio–; que tu vida sea digna de ellas. Te han dedicado antes de nacer y esa ofrenda es una consagración. No des lugar a bajas pasiones en tu alma: no hagas, ni pienses, ni digas más que lo que agrada al divino Maestro”. “Bien me acuerdo de esas palabras –continúa Teodoreto–, bien me enseñaron el don divino que recibí; y qué poco respondí! ¡Quiera Dios hacerme capaz de vivir el resto de mi vida de acuerdo con esas lecciones!” (*Philoth.*, p. 1188, y 1215).

II SU VIDA MONÁSTICA

1. Así transcurrieron sus primeros años; mientras vivieron sus padres vivió con ellos, y vivió como convenía a quien había sido consagrado desde el comienzo de su vida divina. Era un estudiante diligente y –como lo muestran sus escritos– aprovechó plenamente las oportunidades literarias que ofrecía Antioquía, sin que fueran obstáculo a su vocación religiosa. Pedro y Macedonio no fueron los únicos santos que le hizo conocer su madre. Ella misma ya había recibido la bendición del famoso San Simeón el “estilita” y le contaba muchas cosas de su maravillosa vida; también obtuvo para él la bendición de Zenón y de Afrates.

Tenía unos veintitrés años cuando fallecieron sus padres y él inició su itinerario religioso dando sus bienes heredados a los pobres. Siete años estuvo en un monasterio en Nicerta (cerca de Apamea), hasta que a los treinta lo consagraron obispo. Esto sucedió en el año 423, tres después de la muerte de san Jerónimo, siete antes de la de san Agustín; san Ambrosio y san Gregorio de Nacianzo habían muerto a fines del siglo anterior, y san Crisóstomo a principios de este siglo; el Papa era Celestino, y desde hacía siete años Cirilo ocupaba el trono episcopal de Alejandría y estaba en plena actividad.

En los siete años siguientes, Teodoreto parece haberse concentrado en las tareas de su diócesis. Y aunque sin duda tuvo preocupaciones y dificultades, contó, para su acción misional, con la ayuda de muchos eremitas diseminados en la zona, con quienes mantenía íntimas relaciones, así como con muchos monasterios de hombres y mujeres. Podemos decir que esos catorce años —los siete anteriores y los siete posteriores a su consagración— fueron el período más feliz de su vida. Cuando llegó a Apamea estaba en pleno fervor juvenil, y allí echaron hondas raíces su fe y su devoción, y obtuvo ese vívido contacto con el mundo invisible y futuro, que persistió en él, como una fuente secreta de fuerza espiritual, a través de los conflictos y sufrimientos que sobrevendrían en los años venideros. Contó con la compañía y el ejemplo, las oraciones y las lecciones, de grandes santos que, en la paz e inmutabilidad de sus vidas, anticipaban el Cielo al que estaban convocados.

Su monasterio de Nicerta estaba constituido por más de cuatrocientos monjes. Desde allí, antes de ser obispo, visitó otras casas religiosas, próximas o lejanas, y nos dejó el relato de una de esas visitas. Ya

obispo, tuvo otras muchas ocasiones de conocer, tanto vastos establecimientos como eremitorios y, en su Historia religiosa titulada *Philotheos*, cuenta todo lo que vio y lo que supo de primera mano sobre las vidas de los Solitarios de Siria.

2. En esa obra —*Philotheos*— nos da muchos detalles sobre las altas virtudes, extrañas penitencias y auténticos milagros de esos monjes: todo maravilloso; pero no menos maravilloso que los milagros, las penitencias y las virtudes, nos resulta, a primera vista, la fácil creencia, o credulidad —como dirían los modernos— que él manifiesta al respecto. Maravillosa es su creencia, entre otras razones, si tenemos en cuenta las características de su educación. En efecto, la escuela en que Teodoreto había hecho sus estudios tiene la reputación de ser por antonomasia la escuela realista y racionalista de la antigüedad cristiana; la escuela crítica y positiva de Eusebio y de Crisóstomo, de Diodoro y de Teodoro. Sin embargo, cuando lo consideramos, tanto en su inquisitiva juventud cuando viajaba por Siria, como en su madurez cuando escribía expresamente sobre los Solitarios (monjes), o en su Historia Eclesiástica, la obra de sus últimos años, encontramos que su fe en los milagros de aquellos habitantes del desierto es tan firme como la fe de San Atanasio en los milagros de San Antonio, o la de Sulpicio en los de San Martín de Tours, o la de San Gregorio de Nyssa en los milagros de San Gregorio el Taumaturgo. ¿Cómo es que su juicio tomó una dirección tan diferente a la de las mentes escépticas de nuestra época? ¿Qué es lo que a él le hace beber con tal deleite todo aquello que nosotros rechazamos con tanto disgusto? ¿Será porque al menos algunos milagros que vio por experiencia propia le fueron tan absolutamente claros, que no encontró razón para dudar de

otros de los que oyó hablar? Tal es, sin duda, la explicación, aunque a la mayoría de nosotros nos parezca estúpida credulidad de parte de un autor tan sabio y tan cultivado.

Llama la atención que, al igual que Sulpicio, él era consciente de que iba a poner a prueba a sus lectores con los relatos que les presentaba, por lo que dice:

“Les pido a mis lectores que no descrean lo que yo narro si encuentran algo que sobrepase sus posibilidades de creer, y que no se pongan como medida para medir la virtud de esos santos, sino que comprendan bien que Dios regula sus dones según las disposiciones de cada uno de manera que da los mayores dones a las almas más perfectas. Digo esto para aquellos que no son duchos en cuestiones divinas, ya que los versados en los íntimos misterios del Espíritu Santo conocen Sus riquezas y las maravillas que obra entre los hombres en pro de los hombres mediante Sus grandes milagros para atraer a los incrédulos al conocimiento de Dios.

“En todo caso, es claro que si alguien no quiere creer lo que digo, tampoco aceptará como verdaderos los actos de Moisés, ni los de Josué, ni los de Elías, ni los de Eliseo; por supuesto ha de tomar también como fábulas los milagros de los apóstoles. Si a éstos los da por verdaderos, que no tome por falsos a los otros, pues las gracias operantes en unos operan también en los otros. Por mi parte, yo mismo he sido testigo ocular de algunas maravillas que relato, y en cuanto a las que no vi, las he oído contar por quienes las vieron, personas amantes de la virtud y que merecieron constatar y entender tales maravillas.” (*Philoth.*, p. 1106).

3. Mi primera observación sobre esto es la siguiente: que las extrañas penitencias de estos eremitas, por ejemplo, el estar San Simeón continuamente sobre la columna, que es tan asombroso como sus milagros, quedan fuera de toda crítica –tal como lo observa el propio Teodoreto (*Hist.*

Relig. 26)– al compararlas con varias observancias de prescripción divina, del Antiguo Testamento, como es el caso de Isaías “caminando desnudo y descalzo”, o el de Ezequiel llevado en la oscuridad sobre hombros humanos a través de un agujero practicado en el muro de su casa, o el mandato dado a Oseas de casarse con una mujer pública y de amarla aunque fuese adúltera.

En segundo lugar, observaría que, si estos hombres castigaron tanto sus cuerpos –según lo describe Teodoreto sin lugar a dudas–, y si a pesar de ello, en vez de morir, vivieron hasta avanzada edad, según su testimonio, este hecho mismo es de carácter milagroso, sin que sea necesario apelar a otros actos suyos que merecen de por sí el nombre de milagros.

Hago notar además que estas personas nos merecen admiración por sus vidas. Según su biógrafo, no fueron meros salvajes fantasmales, sino hombres de sólida virtud y dignos del nombre de cristianos; hombres que se mortificaron, no sin objeto, sino con el propósito bien definido de volverse más humanos y espirituales, menos ostentosos, más modestos, mansos y humildes, y que lo lograron.

Por último hay que tener en claro que Siria, por no decir el territorio entero de la Iglesia, era entonces un país de misión. El Estado Romano había adoptado el cristianismo como su religión, pero las poblaciones que lo componían no estaban aún convertidas. Los milagros, como generalmente se admite, aparecen en cada período de la historia y en cada lugar, como las credenciales y las armas de los evangelizadores y los apóstoles en medio de los paganos. Con tal sentido les fue acordado

hacer milagros a Gregorio el Taumaturgo en el Ponto (Asia Menor), y a Martín de Tours en la Galia. Por otra parte, la Providencia adapta sus medios al fin que se propone, y a las circunstancias en las cuales ese fin ha de ser logrado. Nada más adaptado al fin de convertir a las gentes de Oriente en ese tiempo que los excesos de ascetismo y los anómalos despliegues de poder —manifestaciones, en una palabra, que chocarían y escandalizarían a un europeo civilizado del siglo XIX—. Los “solitarios” fueron *de facto* misioneros. Sozómeno dice al respecto: “Ellos fueron instrumentos destinados a convertir del paganismo a la raza siria entera, y a muchos persas y sarracenos”. Así como se parecían a Juan Bautista por su género de vida ascético, así también se asemejaron a él en su misión y en su manera de llevarla a cabo. Aunque ellos obraron milagros y él no, se parecen en el hecho de no ir a las ciudades y aldeas y en convocar, en cambio, a las multitudes de todo rango —del más alto al más bajo— al desierto en que habitaban. San Simeón el Estilita, uno de los santos preferidos por Teodoreto, convirtió a innumerables sarracenos, íberos, armenios y persas, a una vida religiosa y moral, por los discursos que pronunció desde lo alto de esa extraña columna que es objeto de risa para los incrédulos, e incluso causa profundo asombro, y hasta de perplejidad, en los creyentes. Y no es verosímil que pudiera convertirlos de otro modo.

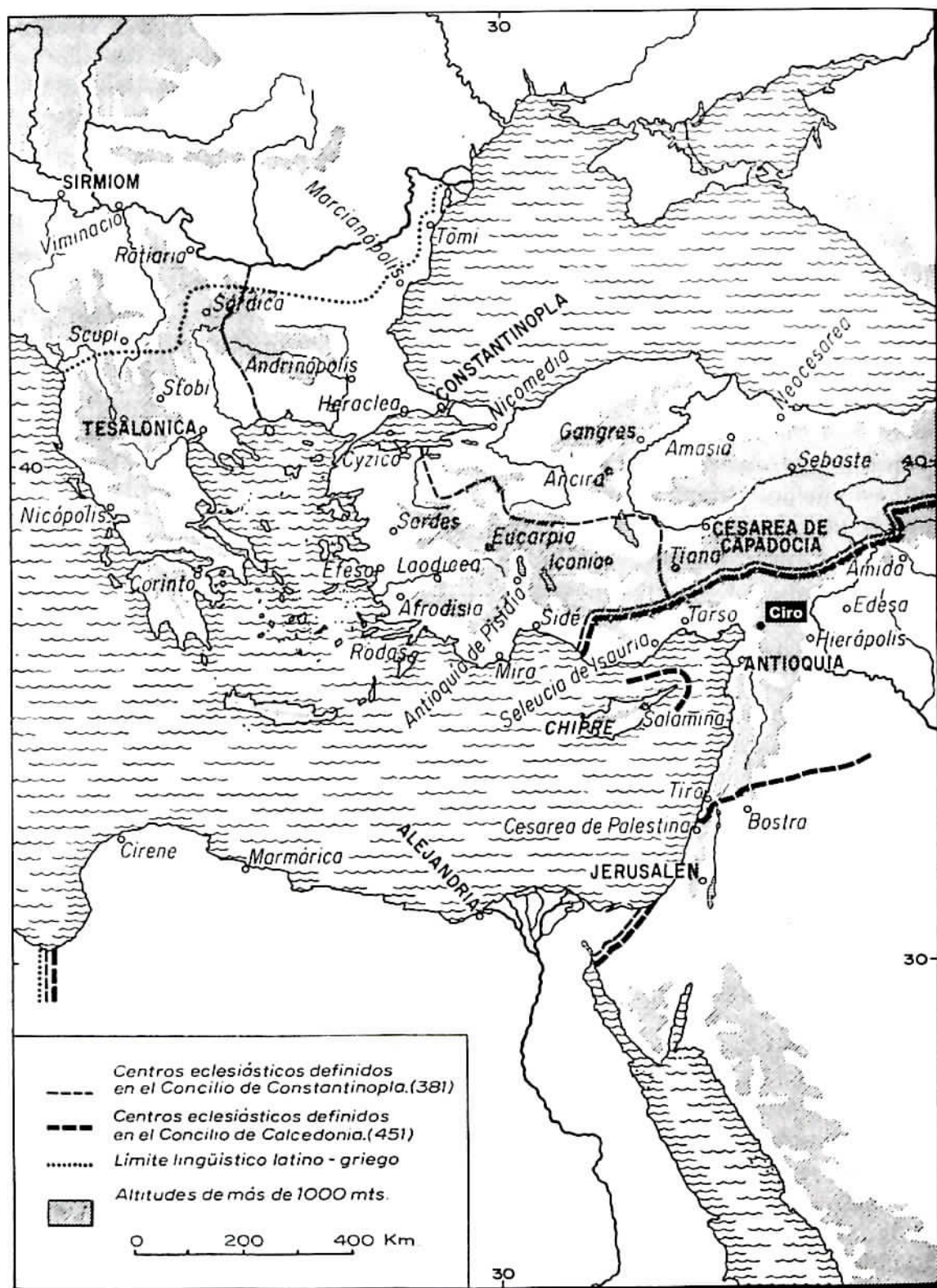
III

SUS LABORES DIOCESANAS

1. La sede de Teodoreto era Ciro. Se explicará mejor su ubicación al decir que daba su nombre a la Cirrética, la extensa llanura circundante que se extiende entre

las estribaciones del Amanus y el Éufrates. Estaba incluida en el patriarcado de Antioquía, y su metrópolis era Hierápolis. Al presente está bajo el dominio del Bajá de Aleppo; y en la región a través de la cual se ha propuesto tender un ferrocarril desde el Mediterráneo por el valle del Éufrates, camino de la India. Estaba, y está, se nos ha dicho, asentada sobre un suelo rico en marga, tan bueno como humus de jardín, en el que resulta difícil hallar siquiera un guijarro, y es de máxima fertilidad. A tal fertilidad contribuyen tres corrientes; y de no verse oprimida por un estúpido gobierno bárbaro, y pisoteada por los nómades turcomanos, curdos, y árabes, sería capaz, según dicen los viajeros, de producir grano suficiente para toda Siria. La región era populosa desde los días del Imperio asirio hasta los nuestros. En la Edad Media se dice de la misma Siria que contaba con tanto como sesenta mil asentamientos de población; y esta zona está hoy salpicada por ruinas de ciudades y aldeas, fortalezas, terraplenes, acueductos, y cisternas.

La diócesis de Ciro tenía cuarenta millas de largo, y otras tantas de ancho; contaba con el asombroso número de ochocientas iglesias, nos dirá enseguida el propio Teodoreto, como también su propia cuota en la promoción del bienestar material, tanto como del espiritual, de su territorio y su gente. Contaba, además, con muchos monasterios, de hombres y de mujeres; alguno de ellos con tanto como doscientos cincuenta residentes; y numerosas ermitas. Teodoreto nunca tuvo otra diócesis: estuvo a cargo de ésta la mitad de su vida; fue consagrado a los treinta años, y murió alrededor de los sesenta.



La Iglesia Oriental: metrópolis y patriarcados.

2. No era una sede deseable para un hombre de letras o con ambiciones. Estaba al margen de las rutas principales; o al menos de los correos públicos. Las montañas y el gran río cortaban sus comunicaciones con el mundo. Estaba a una distancia de veinte, cincuenta, setenta millas de sus sedes hermanas; pocas ciudades parecen haber habido en su vecindad. No estoy seguro de que se adecuara a Teodoreto. Habla de la misma como “aislada”, de sus habitantes como “pocos, y éstos, pobres”. En una ocasión no tiene escrúpulo en decir que no desea volver a Ciro, pues “es una ciudad pequeña y desolada”; “cuya fealdad”, agrega, “hice todo lo posible por esconder con costosas construcciones” (*Ep.* 138). Cirilo, su antagonista, la llama con desprecio una “ciudad pequeña, poco conocida”. Una única circunstancia le confería importancia: era el cuartel de invierno de la décima legión.

Teodoreto había sido en verdad un solitario por muchos años, y podía dispensarse de la compañía de sus semejantes; pero, si debía abandonar su reclusión por compañía, podía naturalmente desear que tal compañía fuera de calidad. Podía pasar sus días en oración; podía comprometerse con satisfacción en los asuntos públicos de la Iglesia; pero Ciro no era ni ciudad ni campo, y él no tenía gusto por lo que no le ofrecía ni intenso trabajo ni tranquilo retiro. No había especial atracción para sus gustos naturales ni para sus hábitos educados en chacareros agobiados por los impuestos, campesinos obtusos, rudos legionarios, o salvajes herejes; en catequesis elementales y visitas a campo traviesa. Lo encontramos ejerciendo su especial don de predicador de buen grado frente a auditorios intelectuales en las grandes ciudades

sirias; y no se tardaba en asumir las funciones polémicas, ya sinodales o literarias, tocantes a su oficio episcopal; pero es significativo que, hacia el ocaso de su vida, cuando el gobierno imperial quiso castigarlo, lo confinó en su diócesis; y como un castigo lo sintió.

3. No obstante, cualesquiera pudieran ser sus gustos, cumplió su deber para con su pueblo conciente y celosamente, con todas sus fuerzas, en lo concerniente a sus intereses espirituales y temporales: hay amplia prueba de esto. Introdujo en Ciro lo que hoy se llama trabajo calificado, y hombres versados en las artes de la vida, especialmente en medicina. Sus obras de ingeniería implicaban el empleo de hombres con conocimientos científicos. Cuando la temporada no había resultado favorable para los agricultores, lo encontramos esforzándose para conseguirles que el propietario les perdonara la renta; en otra ocasión dirigió una carta, aún conservada, a una muy gran señora, la emperatriz Pulqueria, para lograr alguna rebaja de los pesados impuestos a los que estaba sujeta su fértil diócesis.

“En lo que concierne a mi propio territorio”, le escribe, “le diré tan solo que aunque el resto de la provincia recibió algún alivio, este distrito fue una excepción a la regla, pese a soportar la carga más pesada. La consecuencia es que muchas de las tierras están sin brazos, pues han sido abandonadas por los arrendatarios; y entonces los magistrados de la ciudad, hechos responsables, e incapaces de afrontar sus obligaciones, mendigan su pan, en caso de no habérselo ido del país.” (*Ep.* 43 - Ed. Schulze).

Su celo por el bienestar espiritual de su rebaño era aun más conspicuo. Podía hablar siríaco, y por tanto comunicarse con los más pobres e ignorantes. Insistía con sin-

gular éxito en la conversión de los herejes, que abundaban en su diócesis. Asia había sido desde el principio el padre y la madre adoptiva de credos y cultos. Supersticiones del lejano Oriente, de Asiria y Caldea, además de las que tenían origen griego, inundaban Siria, tanto como los países que se extendían al norte y al sur de la misma. No era la simple alternativa de cristianismo o paganismo la que se le presentaba a un obispo celoso, como en el mundo occidental; sino que, *pari passu* con la extensión de la Iglesia entre las poblaciones nativas se daba el nacimiento y propagación de cien sectas heterogéneas, como su séquito. La enseñanza de la verdadera fe era desencadenante y ocasión del error. Teodoreto encontró su diócesis bullendo de herejes; pero para algunos años antes de su muerte los había convertido a todos. De los marcionitas, que sostenían que el Mal Espíritu era el creador del universo y el autor del Antiguo Testamento, convirtió más de diez mil.

4. Fue de un modo u otro un hombre de guerra a través de su largo episcopado, y más y más según avanzaba el tiempo; y en consecuencia tuvo muchos enemigos. De estos hablaré más pormenorizadamente más adelante; me refiero ahora a ellos porque fueron, como se verá, quienes, obligándolo a defenderse, le arrancaron una mención de algunos de los grandes hechos de su cuidado pastoral, que de otro modo hubieran quedado ocultos para la posteridad. Era un tiempo de medidas fuertes, y cuando le llegó el momento de considerar firmemente no sólo la perspectiva de ser depuesto de su sede sino, como san Crisóstomo, del exilio en alguna tierra bárbara, o más bien cuando esta perspectiva se había cumplido en parte, escribió lo siguiente:

“Mis calumniadores me fuerzan a hablar. Antes de ser concebido mis padres prometieron ofrecerme a Dios; y desde mi misma cuna me dedicaron, como habían prometido, y me criaron consecuentemente. Permanecí en un monasterio hasta ser hecho obispo, recibiendo la consagración contra mi deseo. Y ahora, durante estos últimos veinticinco años, no he sido llamado a juicio por nadie, ni he formulado un cargo contra otro. Ninguno de mis clérigos en tantos años ha importunado las cortes. De nadie he aceptado una moneda; ni un trozo de pan, ni un huevo, ha aceptado aún ninguno de mi casa. Salvo los harapos que visto, no me he permitido nada.

Levanté pórticos públicos con mis recursos eclesiásticos. Construí dos puentes del mayor tamaño. Proporcioné baños para el pueblo. Encontré la ciudad sin abastecerse del río, y levanté un acueducto, de modo que el agua fue tan abundante como escasa había sido hasta entonces.

Yendo a otros asuntos, traje a la verdad ocho poblados de marcionitas, y otros en sus proximidades, y con su libre consentimiento. A otra villa, llena de eunomianos, y a otra de arrianos llevé a la luz del conocimiento divino. Y por la gracia de Dios, ni siquiera una brizna de cizaña herética permaneció entre nosotros. Y no he realizado esto sin peligro personal. A menudo derramé mi sangre; a menudo fui apedreado por ellos, casi arrastrado antes de mi hora a las mismas puertas de la muerte. Me he vuelto un necio al jactarme; pero he hablado no por voluntad, sino por necesidad.” (*Ep.* 81)

Los eunomianos aquí mencionados eran, como los arrianos, negadores de la divinidad de Nuestro Señor.

IV SUS LABORES EXTRA-DIOCESANAS

1. Lo que he puesto ante el lector evidencia que Teodoreto cumplió los deberes de su cargo pastoral con no ordinario celo, actividad, perseverancia, y éxito. Sus esfuerzos en la Cirrética bastan para conferirle un nombre honorable en la historia del cristianismo. ¿Qué maravillas se pensarían del hombre que hoy, con un saco

raído sobre sus espaldas, con unos pocos panecillos y huevos en su alacena, al precio de su sangre, y a riesgo de su vida, sin arma secular alguna para ayudarlo, dejara su diócesis limpia de protestantismo, fenianismo, y francmasonería, y enriqueciera su ciudad episcopal con pórticos, puentes, baños y acueductos? ¿Desearíamos que tal hombre hubiera estado en otra parte que donde estaba? ¿Lamentaríamos que no fuera arzobispo de Toledo, o cardenal de la Sacra Iglesia Romana? Y sin embargo tengo la sensación de que Teodoreto no era el hombre en el lugar preciso; una sospecha que él también sentía. Tenía talentos que no podía ejercitar en la Cirrética, y que se necesitaban en otra parte. Estoy tentado de desear que nunca hubiera sido obispo; era un gran predicador; y su propio lugar de origen, Antioquía, era el ámbito natural para el ejercicio de su don.

Podría haber sido lo que Crisóstomo fue antes que él. O, si debía ser obispo, es una lástima que lo fuera tan joven. Si hubiera permanecido en Antioquía media docena de años, podría haber seguido a Crisóstomo a Constantinopla, y hubiera ocupado su trono patriarcal, en lugar del desdichado Nestorio. Entonces la Iglesia se habría librado del escándalo y la miseria de la herejía nestoriana, la controversia, y el cisma, los duros hechos de san Cirilo y de los Padres del tercer Concilio Ecuménico, y de los propios errores y desgracias de Teodoreto. Podemos imaginar lo que Teodoreto habría hecho de ser reservado para alguna gran ciudad, no sólo por lo que efectivamente hizo en Cirro, sino por el éxito de sus ocasionales visitas a Antioquía, Berea, y las ciudades de Fenicia. Pero estas cosas están más allá de nuestro alcance; y existe Uno que tiene razones para cada una

de las disposiciones de Su Providencia, cada acto de la cual es oportuno, y que vence cuando es juzgado.

Las visitas de Teodoreto a Antioquía y otras ciudades de la costa, muy frecuentes, no ocurrían por su propia iniciativa. Le dice a Nomus, quien era cónsul en el año 445,

“Ni en tiempo de los obispos Teodoro, Juan, o Domnus, entré en Antioquía por mi propia voluntad; pero después de ser requerido cinco o seis veces, con dificultad obedecí.” (*Ep.* 81)

Otra vez así le escribe a Dióscoro, el obispo herético de Alejandría, al ser acusado de nestorianismo:

“Estoy apenado, mi Señor, y perdonadme si la pena levanta la voz, apenado de que vuestra excelencia no reserve un oído para mí, sino que creyó la difamación de ellos. Sin embargo estos hombres eran sólo tres o cuatro, o a lo más quince; mientras que, en favor de la ortodoxia de mi enseñanza, tengo miríadas de oyentes para ofrecer. Durante seis años continué enseñando en tiempo de Teodoro, de bendita memoria, obispo de Antioquía, hombre engalanado con la vida más ejemplar, y con gran conocimiento teológico. De nuevo, durante otros trece años en tiempo del obispo Juan, quien se deleitaba tanto con mi predicación que aplaudía con ambas manos y a menudo se levantaba de su asiento. Además, este es el séptimo año de Domnus; y hasta este mismo día en tan gran cantidad de años ninguno, obispo ni clérigo, ha encontrado alguna vez error en alguna palabra que dijera. Por otra parte, su excelencia puede fácilmente saber con qué placer el pueblo cristiano oye mis discursos por boca de aquellos que van desde vos a Siria y desde Siria a vos.” (*Ep.* 83)

Nuevamente, escribiendo a su amigo Juan, obispo de Germanicia, le dice que los mismos hombres que lo calumniaban lo habían anteriormente, luego de sus discursos en Antioquía, “tomado en sus brazos, y besado su cabeza, pecho, y manos; y hasta algunos sus rodillas, declarando que su doctrina era apostólica”. (*Ep.* 147)

Era así mucho más placentero predicar a auditorios afines que ser apedreado por campesinos brutales en el Éufrates. Por otra parte, debe señalarse en justicia que no todos sus oyentes en Antioquía o las otras grandes ciudades eran católicos o amistosos para con él. Debía hacer conversos fuera de su diócesis tanto como dentro de la misma, y sufrir al hacerlo. En su carta a san León habla de los “muchos conflictos que había tenido en la mayoría de las ciudades del este, con griegos, con judíos, con herejes de toda clase”. (*Ep.* 113)

En todas las cosas hay una compensación. No ha llegado hasta nosotros, es verdad, ningún fragmento de los muchos discursos que hicieron famoso a Teodoreto en su momento. Ciro y sus poblados no proporcionaron los medios para registrarlos, ni sus amigos antioquenos preservaron las ocasionales palabras de un obispo que no les pertenecía. No obstante, pudo cumplir otros papeles además del de un gran predicador, y Ciro le daba tiempo para éstos. Él se presenta a la posteridad como un hombre de letras, un expositor de la Escritura, un historiador, un teólogo y un polemista. Por medio de Ciro hemos ganado a Teodoreto en un aspecto, y lo hemos perdido en otro. Es hoy quizá más grande por su falta de posición y poder en sus propios días. A lo más no podría haber sido sino un segundo de Crisóstomo; pero tiene ahora un lugar de por sí en la literatura de los primeros siglos, y un lugar en el que no tiene rival.

V

DE CIRO A ANTIOQUÍA

1. Voy ahora a reiterar mi pregunta, y a insinuar una duda acerca de Teodo-

reto. ¿No hay alguna contradicción entre su vocación y su historia real? Fue un monje o un solitario incluso desde su nacimiento; desde los treinta años fue un obispo totalmente y para siempre. Quizá hubiera sido mejor no haber sido obispo; pero obispo fue, a la vez obispo y monje. ¿No le daban estas dos vocaciones bastante quehacer? ¿Qué tiempo tenía para deberes no eremíticos ni pastorales? Sin embargo lo encontramos como un gran predicador en Antioquía, y enseguida uno de los líderes de un gran partido eclesiástico en los Concilios de la Iglesia. Y las asociaciones surgidas de esto van en gran medida a constituir su carácter histórico. ¡Cuán poco pensamos en él como un asceta en Nicerte, o como el diocesano de Ciro! ¡Cuánto más como el antagonista de Cirilo! Se lo conoce principalmente no en su fuerza, sino en su debilidad. ¿Cómo vino a suceder esto? ¿Cuál es la explicación?

En cuanto a su presencia en las grandes ciudades, encontramos que hizo a Antioquía tanto como veintiséis visitas de predicación, año tras año, de los treinta que contó en su episcopado y, aunque los preliminares a su predicación allí fueron reiterados rechazos de su parte, con todo predicó, y en veintiséis temporadas, evidenciando claramente con esto tanto que estaba dotado para esa función como que conocía su aptitud. Es verdad por cierto que estaba obligado por su oficio episcopal a estar presente en los Concilios realizados en Antioquía una o dos veces al año; pero esto no tornaba su predicación en esa ciudad una necesidad anual, —y él predicaba también en otras ciudades—. Y, de hecho, sus enemigos lo acusaban de desasosiego en su conducta general, de dejar su casa y mezclarse en asuntos que no le incumbían, de ceder a

lo que hoy se llamaría “agitación”. En consecuencia, lograron al fin confinarlo, contra su voluntad, en aquellas mismas celdas y claustros a los que originalmente se había entregado, y a los cuales en el fondo de su corazón añoraba con tanto ardor. ¿Qué diremos por él? Yo explicaría la cuestión así:

2. Él era un auténtico monje en su admiración por el estado monástico, en su veneración por los solitarios de su vecindad, en sus mortificaciones corporales, en la simplicidad y elevación de su carácter, en su disgusto por la riqueza, la condición social y la pompa secular. Sus talentos literarios llevaban sus pensamientos y gustos en la misma dirección, disponiéndolo para una vida tranquila y sin ambiciones, que era su propio fin e implicaba su propia recompensa. Teodoreto era tal hombre, pero era otro hombre también. Algunos hombres tienen dos naturalezas, con tendencias contrarias, y tienen un conflicto interior, y por tanto una inconsistencia externa. Son felices en el retiro y felices en sociedad; resultan adecuados para ambas cosas y serían, si pudieran, a la vez hombres de acción y reclusos. Así encontramos a Basilio y a

Gregorio con cada una de estas vocaciones, y tratando de combinarlas, aunque en el hecho Basilio se vio forzado a abandonar su amado retiro por la vida pública, y Gregorio retornó de su arzobispado a la soledad,



Miniatura de un evangelio sirio del siglo V, que representa a dos monjes en un templo, decorado con elementos típicamente orientales.

oración y trabajo literario. Así fue con Teodoreto. Amaba intensamente el estado monástico; pero tenía vastas simpatías, agudas sensibilidades, una indignación a la vista de la tiranía, una impaciencia frente a lo injusto, una voluntad de sí propio, un celo por el triunfo de la verdad. Amaba la soledad, pero amaba también la predicación, la controversia, la política eclesiástica; pensaba que podía hacer cosas que otros no podían, y hacerlas bien; y sentiría que, en tanto que pudiera trabajar, y con éxito, en los deberes directos de su cargo episcopal, en su ciudad provinciana y entre sus rudos y supersticiosos campesinos, era aun capaz de ejercer una influencia más alta y más vasta que lo que le ofrecía la Cirrética.

Y en esta conciencia volvía sus ojos a Antioquía, y a la rápida y amante inteligencia de su población cristiana: y desde Antioquía podía mirar lo que ocurría en el gran mundo más allá, y las fortunas de la Iglesia que allí militaba; y comenzaría entonces a sentir que un obispo tenía deberes ecuménicos tanto como diocesanos. Si debe dejar su celda monástica, mejor hacerlo por objetivos grandes que por otros menores. En su propia ciudad hizo lo mejor que pudo; pero ¿dónde estaban en Ciro las iglesias colmadas, la bienvenida entusiasta, la atención ansiosa, los sentimientos excitados, las voces que respondían, que él había encontrado en Antioquía? Antioquía, y nada menos que Antioquía, era la compensación por el sacrificio que había hecho al ser obispo en lugar de monje. Y, puesto que sus deberes sinodales lo llevaban a Antioquía, ¿por qué no habría de predicar allí, si lo hacía tan bien? ¿Por qué no en Berea? Y, si concurría a los pequeños sínodos de ruti-

na en Antioquía, por qué no estaba obligado a presentarse y ejercer su legítima influencia natural en los mayores Concilios de la Iglesia, y en los asuntos eclesiásticos de la hora, a los que se referían aquellos encuentros en Antioquía? ¿Y a resistir tales medidas por parte de prelados de condición más alta que la suya, en cuanto repugnaban a la vez a su sentido de justicia, a sus sentimientos nacionales, y a sus conclusiones teológicas?

3. San Gregorio Nacianceno se ofendió con san Basilio por haberlo colocado en la sede de Sásima; “dadme”, decía, “paz y tranquilidad por sobre todas las cosas; ¿por qué debería yo luchar por lechones y pájaros, que no me pertenecen, como en una cuestión de almas y cánones?” Así sentía Teodoreto respecto de Ciro; le escribe a Nestorio, aunque más gravemente:

“Que no tenga yo placer en ninguna sociedad urbana o en ciudades seculares, ni tenga mi mente puesta en alguna elevada preferencia, creo que es algo conocido por vuestra santidad. Pues si no hubiera nada más para enseñarme esta filosofía, hay suficiente en esa misma ciudad, reclusa como es, que me ha tocado gobernar. Pues aun Ciro, con toda su soledad, está igualmente llena de asuntos problemáticos, bastantes para fatigar incluso a aquellos que tienen un extraordinario amor a los negocios.” (*Ep.* 172)

Además tan poco como Teodoreto amaba la sociedad compleja o las vanidades de los altos estratos sociales, era de ese temperamento afectivo que no podía florecer en ausencia de amigos. Aquí hay otra razón por la que Antioquía le resultaba más agradable que Ciro. Se concibe que después de un tiempo su espíritu pudiera estar oprimido por el peso solitario de los

menudos conflictos y los problemas vulgares de su vida en su ciudad episcopal; y sería entonces el rostro de un amigo un gran alivio para él, o incluso una carta, en fin, las noticias del momento. Estas noticias eran noticias sobre la Santa Iglesia; ¿y cómo podría él saber por qué rogar en esta desolación tierra adentro, si no oía nunca estas noticias? ¿Y cómo iba a oírlas, salvo desde la metrópolis de Siria? Ciro sería una prisión antes que un retiro, si le prohibía saber cómo iba la batalla con el mundo, si en favor de la verdad católica o contra ella. “Ud. me sobrepasa, mi muy religioso señor”, escribe, estando en dificultades, a Himerio de Nicomedia,

“como en todo otro respecto, así también en la prontitud de su correspondencia. Pues, cuando estaba yo desvalido y adormecido, y desanimado y despreocupado de asuntos urgentes, usted me ha levantado con sus palabras de saludo; y, por el auténtico afecto espiritual que expresan, me han hecho recobrar. Pero para que usted no me censure demasiado mi retraso en escribir, supuesto que no le di explicación alguna de mi silencio, diré una palabra o dos, y veraces, en mi defensa.

La ciudad donde habito está lejos de la carretera; de modo que no tengo ocasión de ver quiénes llegan a estas partes, ni me cruzo con ellos cuando están regresando. Por esto es que no he tenido la satisfacción de enviar cartas a su santidad. Además, anteriormente iba periódicamente a Antioquía, permaneciendo allí un tiempo considerable; me era fácil entonces enviar y recibir cartas. Pero ahora, por un largo tiempo, he creído mejor permanecer en casa, y estarme tranquilo aquí.

No obstante, usted ha vencido la dificultad al enviarme a mi más honrado señor Strategius, a quien me dio el mayor placer ver, pues ama fervientemente a su santidad, y está dispuesto a hacer y sufrir cualquier cosa por vuestro amor, y que es tan bravo campeón de la ortodoxia. En cuanto a mí, me he vuelto inútil para la Iglesia de Dios. Y, mientras todos los hombres ortodoxos y fieles alrededor respi-

ran ferviente celo y la recta fe de los santos Padres, yo no estoy sino en un lugar bajo, no alto, y bajo gobierno en lugar de gobernando.” (*Ep. 71, apud Lup.*)

De nuevo, a otro amigo:

“Lleva una vida escondida”, dijo un sabio de antaño; y yo, admirando el sentimiento, he deseado ponerlo en obra... Así es que intento estar ‘escondido’; y abrazo la quietud antes que otra cosa. Saludo a su reverencia, empleando como mi correo a quien recientemente me relató la conversación que mantuvo usted con amigos acerca de mí. Al recibir entonces esta carta, amado de Dios, respóndala. Usted comenzó con su voz, yo con mi pluma. Yo he pagado discurso con escritura; pague ahora usted mi escritura con la suya propia.” (*Ep. 62*)

4. Y si en su soledad anhelaba noticias de sus amigos de Constantinopla y Nicomedia, mucho más miraría con especial afecto hacia Antioquía y sus posesiones. Antioquía, debe recordarse, era su lugar de nacimiento; había sido su hogar. Allí se había criado; allí primero se abrieron sus ojos a la divina belleza de la religión, presente frente a él en quienes la representaban santamente. Allí estaba cada recuerdo de su juventud. Estaba familiarizado con cada calle y edificio público, plaza y pórtico; y conocía las maneras y peculiaridades sociales, el dialecto griego y siríaco de su población. En Antioquía sin duda su padre y su madre encontraron su último lugar de reposo; podía orar sobre sus sepulturas, y también podía allí visitar las tumbas e invocar los espíritus de tantas generaciones de mártires, cuyas reliquias revestían la ciudad con una santidad que su propio celo episcopal estaba sólo comenzando por medios semejantes a proporcionar a Ciro.

En Antioquía respiraba libremente; pero en
Ciro su espíritu se replegaba sobre sí
mismo.

Tal, entonces, podemos concebir,
era la opresión de una soledad excesiva
sobre él; tal el alivio de la sociabilidad; y tal
en consecuencia la oscilación de su espíritu

de su diócesis campesina al gran mundo: y
ahora, habiendo considerado este mo-
vimiento de su espíritu de Giro a Antioquía,
procedamos a continuación a seguir su
oscilación de Antioquía a Giro otra vez.

(Continuará)

“Es necesario, o bien que cesemos completamente de creer en la Iglesia como una institución divina, o bien que la reconozcamos ahora en esa comunión de la cual el Papa es la cabeza. Sólo con él y alrededor de él se encuentran las exigencias, las prerrogativas y las obligaciones que identificamos con el reino establecido por Cristo. Debemos tomar las cosas como son. Creer en la Iglesia es creer en el Papa”.

(Diff II, p. 208, 1874)